

LA CARTERA CUBANA.

Último cuaderno.



ADVERTENCIA.—Hemos suprimido la constitucion médica del mes de octubre de 1840 que correspondia á este cuaderno, porqué en dicho mes comenzó á salir el REPERTORIO-MÉDICO-HABANERO, y en él se hallarán apuntes de ella, así como de algunos hospitales, y nos espondríamos á repeticiones.

FISIOLOGIA.

Conclusion del extracto de las lecciones orales de Mr. Magendie, en el curso de invierno de principios de 1839, en el colegio de Francia.

DEL HUMOR CEFALO-RAQUIDIANO.

Los efectos producidos por la subtraccion del liquido céfalo-raquidiano, no son siempre iguales: si unos animales se ponen casi rabiosos para volver á su estado natural á los tres ó cuatro dias; los mas se entristecen y quedan en un entorpecimiento comatoso, que se prolonga hasta su reproduccion. La existencia de este está tan ligada con las funciones del encéfalo. que cuando falta hay un estado de hipertrofia, ó una acumulacion sanguinea, ó un tumor accidental que aumenta las dimensiones del cerebro á tan alto punto, que sus circunvoluciones y anfractosidades se condensan hasta formar una superficie lisa y consistente.

Supongamos á un individuo con el órgano cerebro-espinal perfectamente sano, y sin liquido que le separe de las envolturas membranosas y huesosas.—El simple latido de las arterias de la base del cerebro, trasmitido á la bóveda craneana, ¿no conmovieria de una manera fatal la sustancia nerviosa? Ni cómo se ejecutaria el menor movimiento del tronco, sin que la curva del raquis comprimiese la médula?

Si nos admira la mucha facilidad con que el liquido se reproduce, no es menos notable que el aire que penetra y le

reemplaza no produzca en general ninguna turbacion después de pasados los primeros dias. El perro, que nos sirvió en la última esperiencia parece todavia entorpecido, porque la persona á quien encargué descubriera el intervalo occipito-atloidiario, hizo una herida demasiado grande que sangró mucho y no se ha reunido; de modo que no me sorprenderia que el liquido no se haya reproducido, ó al menos con sus cualidades fisicas, y que hubiera pus al rededor del cerebro y de la médula y hasta en los ventriculos encefálicos. Como creo que el animal sucumbirá, podremos verificar pronto mi diagnóstico. (Este se comprobó en otra leccion.)

Las turbaciones que se manifiestan después de la evacuacion del liquido céfalo-raquidiano no pueden depender sino de su falta, pues desaparecen gradualmente á medida que se reemplaza por otra nueva exhalacion. El, no solo ocupa los vacios, sino que comprime de un modo continuo y uniforme los centros nerviosos. Se prueba esto, observando que el liquido sale del canal vertebral en forma de chorro, lo que no sucederia, si no existiese antes de la puncion un esfuerzo de este mismo liquido para salir, y una resistencia de las membranas para impedirlo: el chorro depende de la rotura del equilibrio entre la resistencia y el esfuerzo.—En virtud de la ley de igualdad de presion de los liquidos, se explica otra circunstancia del fenómeno. Si el liquido cerebro-espinal oprime y le oprimen con igualdad en toda la estension de su envoltura huesosa, no dejará de correr sino cuando todas las partes vuelvan á los límites de su elasticidad. Asi el chorro se prolonga algunos instantes, disminuye junto con la presion y desaparece con ella. Entonces es cuando penetra el aire.

¿Cuál es la fuente mecánica de la presion que soporta y comunica á otras partes, el liquido céfalo-raquidiano? No puede venir sino del sistema vascular. El cerebro está agitado por dos movimientos, el uno isócrono al pulso y dependiente del choque transmitido á la masa cerebral por el circulo arterioso de la base del cráneo, y el otro que coincide con los movimientos respiratorios, y se ha explicado en las esperiencias que hicimos en otro semestre sobre la circulacion venosa. En la inspiracion, el tórax atrae el aire y la sangre: esta, á los capilares sanguineos; y aquel, á las rami-

ficaciones brónquicas; mientras que las venas vecinas al pecho se vacían y se abaten. En la espiración, el aire es arrojado y la sangre impulsada à sus vasos; y mientras que la circulación venosa se debilita, se suspende ò obedece à un movimiento de reflujo, las arterias continúan vertiendo la sangre en los capilares, y de ellos en las venas. Luego hay dos causas que concurren à dilatar las venas durante la espiración; la una, que se vacían con menos libertad; y la otra, que reciben la misma cantidad de sangre que antes. Estos fenómenos son bien aparentes en la yugular esterna del hombre; pasan también, aunque no tan visibles, en el aparato céfaloraquidiano, porqué su inmediación al tórax le somete à las mismas influencias. Partiremos del hecho incontestable que las venas vertebrales y encefálicas deben hincharse y aplanarse si sus paredes lo permiten, conforme el pecho se dilata ó se contrae, no quedando mas que determinar la parte que toman en estos movimientos, segun su situación respectiva. Los *senos*, ó las venas del cráneo y del rãquis, difieren esencialmente por las propiedades físicas de sus paredes, pues las del cráneo tienen dimensiones determinadas y una capacidad casi invariable que las mantiene tirantes y rígidas, en tanto que las del rãquis se prestan sin obstáculo al cambio de su volumen, porqué la elasticidad y la delgadez las caracterizan.

¿Cuáles serán las consecuencias de estas disposiciones físicas? En el momento de la espiración se hinchan los *senos* del rãquis, quienes no pudiendo deprimir el canal huesoso, comprimen la dura-máter, y tienden à unirla à la médula; pero como entre esta y aquella se interpone una capa de liquido, toda presión que se haga en la dura-máter se comunicará en el instante al liquido, el cual buscarà su salida por los lugares donde encuentre menos resistencia: la médula no puede ceder por la contestura de su tejido, y el liquido que no cabe en el canal vertebral asciende hasta la entrada del cráneo, en cuya cavidad nada le impide penetrar, en razón de que los *senos* craneales no han aumentado de volumen, pues sus paredes oponen una barrera insuperable à la presión de la sangre venosa, dejándose apenas distender. Por consecuencia, el liquido encefálico estaria menos comprimido que el raquidiano, lo que es contrario à las leyes hi-

drodinámicas: luego para que el equilibrio se restablezca, es necesario que el exceso de líquido del canal vertebral pase al cráneo, cuya entrada está libre.

Pero llega el instante de la inspiracion. Los senos raquidianos se vacían y se aplastan, en tanto que los del cráneo apenas cambian de volumen. El mismo líquido será el que llene los espacios vacíos, pues siempre en virtud de la ley de la igualdad de presión, volverá al raquis, siguiendo en sentido inverso el camino que recorrió para entrar en el cráneo. Estos flujos y reflujos del líquido son muy marcados cuando se quitan las paredes del cráneo y del raquis: pero deben serlo menos, cuando la caja huesosa intacta soporta el peso de la atmósfera, sin transmitirle al órgano cerebro-espinal.

Ya hace mucho tiempo que los médicos habían reconocido en los niños hidrocefalos, que se aumenta la tensión de la cabeza cuando gritan o hacen esfuerzos; y que aun estando tranquilos, las dimensiones del cráneo sufren en cada movimiento respiratorio ligeras modificaciones por la cantidad variable de líquido que oprime las cavidades y envolturas del cerebro. Esto se nota sobre todo en la *espina bífida*, donde por la separación de las láminas de las vértebras, las meninges oprimidas sin cesar por el líquido, se dirigen hacia la piel adelgazándola, casi como lo hacen los aneurismas, y aparecen al exterior figurando un saco lleno del líquido, que se presenta por lo común en la región lumbar y se reduce á veces á solo al epidermis, por lo que suele tener la transparencia de un globo de cristal. El saco se hincha durante la espiración, y se aplasta en la inspiración. Comprímase el tumor con una mano y colóquese la otra en la fontanela superior, y se sentirá que el cerebro se dilata conforme el saco se vacía. Si se comprime algo más, las funciones del sistema nervioso se turban y el niño cae en la somnolencia y el coma, experimentando en una palabra, todos los accidentes que desarrollamos en el animal vivo, aumentando el volumen del líquido que circuye al órgano cerebro-espinal. Apoyando sobre las paredes abdominales, obtenemos el mismo efecto por el reflujo de la sangre venosa á los vasos del raquis. ¿No podremos también atribuir á la disminución instantánea que soporta el sistema nervioso central, los desmayos después de parasentesis?

La hidrocefalia *interna*, que es mucho mas frecuente que la *externa*, se caracteriza por la acumulacion del liquido en las cavidades encefálicas que se distienden sin medida, con rasgadura ó destruccion del septum lúcidum, trasformándose el cerebro en un verdadero saco cuyas paredes se forman de la materia cerebral distendida, adelgazada y deforme. La *externa* consiste en una coleccion abundante de liquido en la superficie del encéfalo que levanta mas ó menos la hoja libre de la aracnoides, sin dilatacion de los ventriculos, quienes mas bien suelen aplastarse por la presion, la cual reduce considerablemente el volúmen del cerebro y da à la cabeza la forma de una esfera. Además de estas enfermedades hay otras alteraciones de la nutricion cerebral que aumentan ó disminuyen el liquido céfalo-raquidiano. En los *tísicos*, el encéfalo toma parte en la disminucion general de los órganos, y su falta de volúmen se suple por aquel humor que descolora la pulpa nerviosa por su larga maceracion. Igualmente se acumula en los *enagendados* que sucumben à la *paralisis*, y tal vez debemos atribuir à su abundancia la estincion sucesiva de las facultades intelectuales y la decadencia de todos los actos vitales. De los 70 à 80 años, el cerebro y el cerebello se atrofian, y el liquido ocupa su falta, lo que se hace mas evidente en la demencia senil.

Cuando el cerebro aumenta de volúmen, el liquido disminuye à proporcion. Las personas de *constitucion apoplética* son robustas, y su cerebro naturalmente voluminoso no tiene sino una capa muy ligera del liquido: así, cuando la circulacion cerebral aumenta, crece el volúmen del órgano y el liquido oprimido trasmite à la pulpa nerviosa el esfuerzo que le opone el cráneo. Se declaran accidentes, y se sangra; esto es, se impide que una grande oleada sanguinea llegue al cerebro, y se facilita la absorcion del liquido céfalo-raquidiano superabundante. Los aturdimientos, el sirigmo y los adormecimientos, signos precursores de la congestion y de la hemorragia cerebral, se curan con las sangrias y por las mismas causas.

El análisis de este liquido da el siguiente resultado: 1.º Materia animal insoluble en el alcool y el éter y soluble en los álcalis, análoga al neurilema del cerebro. 2.º Albumina. 3.º Colesterina. 4.º Cerebrota. 5.º Cloruro de sodio. 6.º Fosfate de cal. 7.º Sales de potasa. 8.º Sales de magnesia. |

La existencia en el liquido céfalo-raquidiano de muchos de los elementos del cerebro, manifiesta que se impregna de sus elementos y que probablemente le forma la pia-mater mezclándose con la exhalacion de la pulpa nerviosa. Hasta hoy no se ha tenido cuenta del transporte consecutivo de las bebidas y otras sustancias à la cavidad del cráneo y del raquis, y de su contacto con los centros à consecuencia de su mezcla con el liquido cerebro-espinal; lo que seria una serie de esperiencias fáciles de hacer y de ventajosos resultados.

Conclusion de las esperiencias para determinar la cantidad de cada uno de los principios del agua de Madruga.

Se pusieron à evaporar en un perol de plata veinte libras de agua que acababa de perder su mal olor, las cuales dejaron un residuo muy blanco que pesaba ochenta y cinco granos.

Como ya tenia conocimiento de las sales que contenia, comencé separando la sal comun por el espiritu de vino. A este intento hice digerir varias veces sobre el residuo, diez onzas del espiritu mismo que antes habia usado; luego le evaporé à un grado de calor suave, y la sal que dejó pesaba diez y seis granos. La ensayé con el carbonate de sosa y con el agua de cal, y no dieron ningun precipitado; el ácido sulfúrico concentrado levanta, vertiéndole sobre esta sal en polvo, los vapores de ácido muriático y la sal que deja luego, es sulfate de sosa; lo que confirma que esta sal es el muriate de sosa.

Puse luego sobre el residuo que habia dejado el espiritu de vino, seis veces su peso de agua destilada, le agité bien un rato, y luego que se aclarò saqué el liquido con un chupador de vidrio para evitar la filtracion por el papel de estraza, que deja regularmente en las disoluciones alguna materia extractiva que dificulta luego la cristalizacion; lavé el residuo con un poco mas de agua destilada, y evaporé las lociones hasta que se formò una pelicula. La sal que resultò pesaba diez granos, tenia la figura de un prisma exàgono, se efflorecia à el aire, precipitaba el nitrate de barita con mucha prontitud; el agua de cal ni el carbonate de sosa producian ningun efecto; el muriate de cal al contrario la descomponia, de lo que se infiere que esta sal es el sulfate de sosa.

Los cincuenta y nueve granos restantes del residuo, los hice hervir por espacio de veinte minutos con tres libras cuatro onzas de agua destilada, y luego que se aclaró bien el líquido, estraje la mayor parte de él con un sifon de vidrio, y filtré la última porcion para separar el residuo. Pesaba este después de seco cuarenta y siete granos, por consiguiente habia perdido doce granos con el agua hirviendo. Ensayada esta disolucion, después de haberse evaporado una grande parte del agua, manifestó ser el sulfato de cal por la accion que tenían en ella el ácido oxálico, el nitrato de barita y el carbonato de sosa, al mismo tiempo que no la alteraba el amoníaco cáustico. Los 47 granos restantes se pusieron à digerir en vinagre destilado, vertido en diferentes veces para que disolviera mejor las tierras y dar lugar al desprendimiento de gas ácido carbónico. La mayor parte del residuo se disolvió, y quedó solo sin ser atacada una sustancia algo pegajosa que pesaria como grano y medio, la cual parecia compuesta de un poco de sulfato de cal, de materia extractiva y de la borra del papel del filtro. Dividi la disolucion del vinagre en dos partes iguales y las hice evaporar algun tanto, para desprender una parte del exceso que habia de ácido; luego precipité la una de ellas con el agua de cal, y me dió un precipitado que pesó cinco granos. Esta es la mitad de la magnesia que contienen las veinte libras de agua de la fuente, pero como la cal la precipita en estado cáustico, ó privada del ácido carbónico con quien se halla combinada en esta agua, deben añadirse por el total tres granos de ácido carbónico que es la cantidad, segun Bergman, que debe saturarla. La otra mitad de la disolucion acetosa la precipité con el carbonato de sosa, y obtuve un precipitado que pesaba veinte y medio granos de carbonato calcáreo y de magnesia. Rebajados seis y medio granos que corresponden à esta última, restan 14 de carbonato de cal.

Nos falta ahora determinar la cantidad de los principios volátiles que contiene esta agua. Ya vimos que la corta porcion de gas hidrógeno sulfurado que tiene, elude la accion de los ácidos minerales, quienes no han podido separar el azufre que forma el principal elemento de este gas, que se nos ha manifestado solamente por la accion que tiene sobre la plata, sobre los óxidos y sobre las disoluciones metálicas. Por lo

que mira al gas ácido carbónico, anunciamos tambien al principio que no se hallaba libre gozando de su propiedad ácida, sino combinado con otro cuerpo que se la encubria. Por esta razon he aguardado hasta el fin para hablar de su cantidad, aunque regularmente empiezan los quimicos sus análisis por esta operacion, y aunque yo tambien he comenzado por ella.

Sobre cinco libras de agua que conservaba su mal olor, vertí poco á poco hasta dejar en exceso agua de cal recientemente hecha; el recipiente se acabó de llenar con una poca de agua destilada y tapado le dejé en reposo veinte y cuatro horas para que se reuniese bien el precipitado que habia formado. Pesado este después de seco habia treinta y nueve granos, de los cuales es menester rebajar siete granos que corresponden al carbonato de cal naturalmente contenido en esta cantidad de agua, y tambien tres y un cuarto correspondientes al carbonato de magnesia, restan veinte y ocho tres cuartos de carbonato de cal formado. Por consiguiente las veinte libras de agua hubieran dado ciento quince granos, en los cuales entran, segun Bergman, treinta y nueve un décimo granos de ácido carbónico.

Resulta de todo lo dicho hasta aquí, que veinte libras de agua de Madruga, contienen las sustancias en el orden y proporcion siguiente.

De gas hidrógeno sulfurado, una cantidad que no se ha podido estimar.—De gas ácido carbónico empleado en disolver los carbonates de cal y de magnesia, treinta y nueve y un décimo granos.—De carbonato de cal, 28 granos.—De carbonato de magnesia, 15 granos.—De muriate de sosa, 16 granos.—De sulfato de sosa, 10 granos.—De sulfato de cal, 12 granos.

Hemos tenido seis granos de pérdida, lo que es imposible evitar porqué dimana ya del diferente grado de sequedad que se dá á las sales antes y después de separadas, ya de lo que absorven los filtros etc. El mejor modo para corregir el error en esta parte es repetir muchas veces cada operacion, y tomar el término medio de los resultados. Pero en el agua que analizamos sería inútil buscar esta grande exactitud, porqué se altera fácilmente con las fuertes lluvias; no obstante, las experiencias que llevo referidas se han hecho con todo el cuidado posible, y las principales se han repetido tres y mas veces.

Añadiremos las propiedades mas sobresalientes que tienen las aguas minerales de la especie de las de nuestra fuente, en favor de aquellos enfermos que no tienen la facilidad de consultar con un buen facultativo; al mismo tiempo lo que dijéremos podrá servir para el conocimiento de aquellas personas que desearan componerlas mas activas.

Aunque las aguas de Madruga son ligeramente hepáticas, no dejan de obrar como tales por lo muy activo que es este principio. Estoy persuadido además, que si no tuviesen este poco de gas hidrógeno sulfurado, no tendrían acción sensible sobre la economía animal, y no se podrían considerar en la clase de aguas minerales, como sucede luego que le han perdido, en cuyo caso toda persona sana ó enferma usa de ellas indistintamente sin inconveniente por la corta porción de los demás principios que encierran, y que la constituyen un agua muy saludable. En virtud de esto aplicaré la principal consideración á este principio sulfuroso, y para dar mas peso á lo que dijere, declaro desde luego que lo siguiente es una traducción de lo que dice el sabio médico y químico Mr. Fourcroy al fin de su análisis de las aguas de Enghien.

«Las aguas sulfurosas tomadas interiormente estrñen
«el vientre, pasan principalmente por las orinas, aumentan
«la transpiración y el apetito; las que son mas fuertes aceleran la circulación de la sangre, suben un poco á la cabeza,
«disminuyen el sueño y pueden excitar los espútos de sangre á aquellos sujetos que tienen alguna propensión á este
«cachaque, por la debilidad de su pecho ó por haberlos padecido de antemano. La esperiencia ha hecho conocer la utilidad
«de estas aguas en las afecciones pertinaces del estómago cuya causa pende de la inercia de esta viscera, y de la reunión
«de materiales viscosos y ácidos, en las diarreas, y aun en la
«disenteria crónica. Se las ha empleado con buen éxito para
«la opilación, y para restablecer la menstruación disminuida
«ó suprimida. Se recomiendan principalmente en las enfermedades de pecho para fundir los tubérculos ó para limpiar
«las úlceras: en este último caso, sobre todo, si el enfermo
«tiene alguna disposición á la hemoptisis, si es de una naturaleza irritable, se le mandan en una dosis corta y mezclada
«con leche. Se han alabado para curar los lamparones; Bor-

«*deux* refiere muchos ejemplares de estas enfermedades, curadas por el uso de las aguas de Bareges. Una propiedad que se ha reconocido à las aguas sulfurosas es la de curar los males cutáneos, los herpes antiguos, las sarnas rebeldes, y aun la tiña. En esta última enfermedad sobre todo, es cuando se administran con ventaja en baños, se mandan de igual modo en el envaramiento de los miembros, en la hinchazon edematosa, en los afectos de reuma, de tumor é hinchazon en las articulaciones. Hemos sido testigos de un tumor de esta naturaleza muy antiguo, curado con los baños y bebidas las aguas de Enghien. Finalmente, la caída del agua sobre las partes afectas se halla muy recomendada, principalmente para la curacion de las úlceras callosas, fistulosas ó inveteradas, y en la perlesia; muchos autores la han recomendado en los casos de la epilepsia.»

Lo que podemos añadir acerca de los demás principios que contiene nuestra agua es, por lo tocante al muriate de sosa, que es una sal que facilita la digestion: algo fundente en los vicios escrofulosos. El sulfate de sosa es purgante. Los carbonates de cal y de magnesia son absorbentes, el último restablece la bilis corrompida; pero la corta cantidad en que se hallan estas sales, no permite esperar mucho de estas aguas aun en los casos que se hallan indicadas.

Por lo que mira al sulfate de cal, nunca puede convenir à nuestra naturaleza el uso interior de esta sal.

Para hacer la síntesis se debe comenzar disolviendo los carbonates térreos en la cantidad correspondiente de agua destilada cargada de gas ácido carbónico, después se disolverán las sales, y luego se hará pasar al través del agua un poco de gas hidrógeno sulfurado. Si se desea componer una agua de las mismas virtudes y de mas eficacia, puede reemplazarse el carbonate de cal por el de magnesia, suprimirse el yeso que es dañoso, y saturarla mas de gas hidrógeno sulfurado, el cual se puede estraer con mucha facilidad de la pirita artificial.

Es inútil añadir mas sobre esta materia para quien tenga algunos conocimientos quimicos; el que carezca de ellos, no podrá ejecutar las operaciones que requiere la composicion; y para ponerle en estado de hacerlas, seria necesario entrar en unas instrucciones ajenas de esta obra.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

Religion.

El entendimiento tiene cierta independencia por la cual siempre que se le quiere violentar, no puede menos que oponerse à lo que se le quiere persuadir. Por esto es que siempre que la autoridad le deje perfectamente independiente, no tendrá ningun interés en atacarle.

La vanidad se lisongea con repetir el axioma de que para el pueblo es necesaria una religion, porqué repitiéndolo, como que se separa el que lo repite de lo que llama pueblo. Pero este axioma es falso, si se entiende que la religion es mas necesaria para las clases pobres y laboriosas de la sociedad, que para las clases opulentas y ociosas. Si ella es necesaria, lo es igualmente para todos los hombres y para todos los grados de instruccion. Los crímenes de las clases pobres y poco ilustradas tienen caractéres mas violentos, mas terribles, pero mas fáciles de descubrir y de reprimir. La ley los sorprende fácilmente, porqué se oponen muchos abiertamente à ella. La corrupcion de las clases superiores se matiza, se diversifica, se sustrae fácilmente de las leyes positivas, se burla de su espi-

ritu eludiendo sus formas, les opone por otra parte el crédito, la influencia, el poder. El pobre nada puede, está rodeado de trabas, por todos está atado con fuertísimas ligaduras, no tiene protectores ni apoyo: puede cometer un crimen aislado; pero todo se arma contra él desde que incurre en un delito, sus jueces pertenecen y son regularmente de una clase enemiga, ninguna contemplación tienen con él. ¡Qué cuadro tan diferente se presenta por el reverso! El rico es juzgado por sus iguales, por aliados, por otros hombres sobre quienes resurten siempre mas ó menos las penas que imponen. La sociedad le prodiga sus socorros, todo es en su favor por efecto solo de su riqueza: puede influir desde lejos, puede trastornar ó corromper. ¡Y sin embargo, contra el primero solamente quereis la misteriosa égida de la religion, libertando al poderoso de un yugo que os parece indispensable para el pobre y desvalido!

Los vicios ó las virtudes del hombre noble ó superior, tienen demasiada influencia sobre las costumbres públicas. Las acciones del que gobierna, son ley para el que obedece. El hombre ordinario no puede desacreditar la virtud, ni ennoblecer el vicio. Todo en él es oscuro como su destino, pero le gusta parecerse à aquel de quien espera algun beneficio. Se cree grande haciéndose imitador de aquel à quien la patria honra por sus talentos, sus servicios ó sus riquezas. El francés afeminado y adormecido en el seno de los deleites bajo Luis XIII, se hace austero é imperioso bajo Napoleon. Sus costumbres formaron las costumbres públicas: el uno tenía todas las cualidades amigas que inspiran el deseo de semejarsele, y el otro todos los talentos que inspiran respeto.

Ninguna revolucion sucede en ningun Estado, si las costumbres del pueblo no la han preparado antes. Y como las mismas causas parece que deben producir los mismos efectos, interesados en su defensa comun todos eran educados con el generoso principio de emprenderlo todo por la patria. Las riquezas no daban consideracion ni crédito: el lujo estaba del todo desterrado: la frugalidad mantenía el vigor del cuerpo: la indolencia y la inutilidad no eran el privilegio del nacimiento: una frente tostada con los ardores del sol, unas manos endurecidas con el trabajo, eran el mejor testimonio de

ser verdaderamente ciudadanos. Esta noble emulacion produjo efectos prodigiosísimos.

Todo esto en la suposicion de que la religion sea necesaria como un suplemento à las leyes penales; pero no es esta mi opinion. Yo coloco la religion en un punto mas alto: no la considero como suplemento de la horca ò la rueda. Hay quizàs una moral comun fundada en el cálculo y el interés, que en rigor podria pasar sin religion; en el rico, porqué reflexiona; y en el pobre, porqué la ley le intimida, y porqué sus ocupaciones y el hàbito del trabajo llegan à producir el efecto de la religion. Pero ¡desgraciado del pueblo que no tiene mas que esta moral comun!—La religion me parece apetecible para crear una moral mas elevada, no para reprimir los crímenes groseros, sino para ennoblecer la virtud. Rousseau creyó hacer un servicio defendiendo la religion solo como útil; pero se engañó miserablemente.—Representándola solo como un medio de utilidad, la envileció con su defensa.

El refran de que el pueblo necesita una religion, es el medio mas propio que debe adoptarse para destruirla.... Todo el fruto de este artificio es que el pueblo que los ve incrédulos, se desapega de su religion sin saber porqué. Lo que se gana es que el pueblo por no ser instruido, no deja de ser impio. Lo es por imitacion: trata de necedad y engaño la religion, y cada cual la envia à sus inferiores que la despiden aun mas bajo. Asi descende cada dia mas degradada: se ve menos amenazada cuando atacada por todas partes: puede entonces refugiarse en el fondo de las almas sensibles.—La vanidad no teme hacer prueba de tonteria y de degenerar respetándola.

Mejor que la irreligion seria la multiplicacion de las sectas: todas procuran distinguirse de las demás, con una moral mas austera y mas escrupulosa: una emulacion recomendable se anima ante las antiguas y las modernas: la aparicion del protestantismo reformó las costumbres del clero católico. Si la autoridad no se mezclase en este punto, cada nueva secta se esmeraria en probar la bondad de su doctrina con la pureza de sus costumbres, y las antiguas se valdrían de las mismas armas para defenderse. De aqui resultaria un comun empeño de tener nota de mejor moralidad, y las costumbres se mejorarian. La persecucion naturalmente choca con el en-

tendimiento, y para destruir su creencia es menester comenzar depravando su corazón; de manera que no se atenta solo contra la religion que se quiere destruir, sino contra todo principio de virtud. Para persuadir à un hombre à que desprecie ó abandone à uno de sus semejantes, desgraciados à causa de una opinion, y para comprometerle à dejar hoy la doctrina que profesaba ayer, porqué súbitamente se ve amenazada; es menester ahogar en él toda justicia y todo resto de la noble elevacion de nuestras almas.

N. S. Z.

EL DRAMA.

Tres especies de espectadores componen lo que se ha convenido llamar *público*: en primer lugar las mujeres; en segundo los pensadores; en tercero la multitud propiamente dicha. Lo que la multitud exige casi esclusivamente à la obra dramática, es la accion; lo que las mujeres quieren ante todas cosas, es la pasion; lo que buscan especialmente los pensadores, son los caractéres. Si se estudia con atencion estas tres clases de individuos, se verá que la multitud es tan amante de la accion, que por ella sacrificarà los caractéres y las pasiones; que las mujeres aunque amen la accion, se estasian de tal manera en el desarrollo de la pasion, que se cuidan poco del diseño de los caractéres; y que los pensadores tienen tal gusto por ellos, esto es, por la viva pintura de los hombres que se traen à la escena, que recibiendo de buena gana la pasion como un incidente natural en la obra dramática, la accion casi los importuna. Esto depende de que la multitud pide sobre todo al teatro, sensaciones; la mujer, emociones; el pensador, meditaciones; y todos quieren un placer, pero aquella el placer de los ojos, esta el del corazón, el último, el del entendimiento. Por eso hay en nuestra escena tres obras tan distintas; una vulgar é inferior, dos ilustres y sublimes, y todas tres satisfacen una necesidad: el melodrama para la

multitud: la tragedia, que analiza la pasión, para las mujeres: la comedia, que pinta al género humano, para los pensadores.

Pero no hay generalidad sin excepción, y no podemos establecer aquí nada de riguroso: sabemos bien que la multitud es un vasto cuadro donde todo halla cavida, el instinto de lo bello y la afición a lo mediano, el amor a lo ideal y el deseo de las pequeñeces: sabemos también que todo pensador completo debe igualar a la mujer en la delicadeza del corazón; y no ignoramos que por aquella ley misteriosa que liga entre sí los sexos, tanto en lo físico como en lo moral, hay bien a menudo un pensador en la mujer.

Para todo hombre que observe con detenimiento las tres clases de espectadores que acabamos de mencionar, es evidente que todas ellas tienen razón: la mujeres en querer ser conmovidas, los pensadores en aprender, la multitud en solazarse. Y de aquí se deduce la ley del drama. Ciertamente, crear y hacer vivir tras esa barrera de fuego que se llama el tablado, y que separa a un mundo real de un mundo ideal, crear y hacer vivir en las condiciones combinadas del arte y de la naturaleza, caracteres, es decir, hombres; y a estos hombres, a estos caracteres infundir pasiones que desarrollen los unos y modifiquen los otros; y del choque de estos caracteres y de estas pasiones con las grandes leyes de la creación, hacer surgir la vida humana, los acontecimientos grandes, los pequeños, los dolorosos, los cómicos y terribles, excitando en el corazón aquel placer que se llama interés, y en el espíritu aquella lección que se llama moral; tal es el fin del drama. Se enlaza con la tragedia por la pintura de las pasiones, y con la comedia por la finura de los caracteres. El drama!... tercera y magnífica forma del arte, que comprende, enlaza y fecunda las dos primeras. Corneille y Molière existirían independientes uno de otro, si Shakspeare no se hubiera colocado entre ellos dando a Corneille su mano izquierda, y a Molière la derecha. Así estas dos electricidades diferentes de la comedia y la tragedia se encuentran, la centella se fulmina y sale el drama.

V. M.

EL ABANICO.

Fué inventado sin duda por la coqueteria, para suplir á la falta de pudor: es hecho de manera que permite verlo todo, sin que sea preciso avergonzarse.

El arte ha multiplicado las ventajas que se pueden sacar de un abanico. Bajo la mano del artifice ha tomado mil formas graciosas. Ya está adornado de un pequeño telescopio, por cuyo medio se recibe y envia la espresion de los mas tiernos sentimientos: ya se vuelve una arma ofensiva y defensiva, y mas de una vez el abanico roto en las manos de una bella, no es mas que los trozos de la lanza de un guerrero después de un ilustre combate.

Todo es misterioso en el modo de desenvolver y de agitar el abanico.—El abanico se miraba en Atenas como el centro de la hermosura.

Un abanico es el mueble mas útil, tanto para la decencia, como para el deleite. Puesto sobre los ojos este frágil antemural es un asilo que se ofrece al pudor, y sirve á la curiosidad.—Deslizando una mirada por entre el varetaje, con una ojeada exacta se puede con seguridad observar á un amante y criticar á sus rivales.—Por su medio se puede examinarlo todo, oirlo todo, reirse de todo, sin alarmar el pudor. Su ejercicio ágil y gracioso debe aprenderse: su ruido sabe espresar el despecho y el furor: su movimiento ligero, un sentimiento mas tierno.—El abanico sirve frecuentemente de señal al amor; hace lucir un hermoso brazo; da cierto aire cuando se sabe tomar, aires nobles y naturales. En las manos de una mujer bonita, es el cetro de la locura que gobierna á todos los mortales.

Gay, poeta inglés, ha compuesto un poema ingenioso y de una galanteria delicada, sobre el abanico.

SECCION TERGERA.

COSTUMBRES.

Vanitas vanitatum et semper vanitas.

Viejo debe haber sido este achaque de las ventolinas de cabeza en el frágil y miserable género humano, cuando desde tan remotos tiempos se nos dijo à todos fantasmones, *vanitas vanitatum*, y se nos reputa así à los de todos los tiempos, *et semper vanitas*: esto se funda, si mal no lo pienso, en aquello de *stultorum infinitus est numerus*. Todos tenemos un poco de ese *aquel...* esto es, de ese amor propio que cuando no estriva en nada es la mayor estravagancia que puede afligirnos: cada cual se cree valer un poquito, y no sin razon, porqué ruin es quien por ruin se tiene, pero bastantes se imaginan valer un muchito, y es muy comun tropezar con quien està persuadido de que su mérito no tiene limites; y lo gracioso es que esta pretension suele estaren razon directa de la tontería, ó lo que es lo mismo, en razon inversa del verdadero valer. La mayor parte sobresalimos por alguna circunstancia fisica ó moral, mas ó menos importante; pero no es esta circunstancia la que generalmente nos envanece, sino aquellas de que solamente estamos destituidos: no es decir que no haya tambien quien se llena de orgullo por alguna frusleria que maldito de Dios lo que importa, que maldito de Dios lo que le sirve al que tanto se hincha: me acuerdo de que un hombre muy rústico, muy feo, y sobre todo muy pobre, estaba tan contento de dos orejas muy chiquitas y muy blancas que el capricho de la suerte le habia colocado donde quizás le hubieran caido muy bien dos de asno: ¡cuantos mostrencos se quedan estasiados al considerar su gruesa pantorrilla ó su pié donoso!..

Pero uno de los achaques mas comunes en estos farolo-

nes de retreta, es querer lucir su grandeza, su poder, sus bienes de fortuna, que han debido à un antojo de esta loca diosa, en medio de aquellas personas que le conocieron pequeño, sin ninguna influencia, y sin un cuarto. Debieran huir, parecelo natural, de quien los conoció *ceresos* y ahora se los encuentra *ceibas* y copadas encinas. Si estos *piojos resucitados*, como sucia pero enérgicamente los llama el pueblo, son moderados, juiciosos, hacen tragar à la envidia, à la murmuracion y al deseo que tenemos todos de abatir, aun que no sea mas que en nuestro interior, à los que vemos levantarse por encima de nuestras cabezas, esa prosperidad, que de ningún modo se perdona al que tropieza con los demás para empujarles, al que humilla à los otros para levantarse sobre cuantos mira, al que dà codazos à todo el mundo porque no cabe en el espacio en que campea: ya se vé, à un hombre tal se le busca la cuna, se le encuentran sus antiguas miserias de cuerpo y alma, no se le perdona nada, porque él no perdona para abatir à cuantos halla à su paso, y cuantos halla le conocieron *cereso*: es preciso repetirlo, es el último grado de la demencia el de estos vanos, porque à su insensata mania añaden la de venir à chocar con quien los ha de señalar con el dedo, con quien ha de ponerles este en la llaga que mas les escueza.

La vanidad es hija legítima de la tontería, porque ha de decirse una y mil veces, no es vano el que se estima racionalmente, y sabe hermanar con esta estimacion justa la moderacion y la dulzura. El hombre hinchado sufre la suerte que tan chistosamente nos han pintado los fabulistas en la rana que quiere igualar al buey, ó à lo menos es blanco de la risa de todo el mundo; el que levante demasiado la frente llama la atencion à la debilidad de sus piés, y conviene no olvidar que si à Luis XIV le sentaba bien un tono erguido y ostentoso, en otro cualquiera ese mismo tono hubiera sido estremadamente ridiculo: no hay medio, ó lleva uno la cabeza tan erguida como le compete, ó aunque la alce menos, si es mas de lo que le pertenece se pregunta al instante ¿porqué se alza ese hombre sobre los tacones de sus zapatos? Aun hay mas, esta vanidad excesiva deslucen otras bellas cualidades que pueden honrar al sujeto; con razon nos dice el Tasso hablando de un capitán del ejército cruzado:

*Non ha la terra uom piu superbo alcuno
questo sol di suoi fatti oscura il pregio:*

esta es una verdad que desconocen hombres por otra parte adornados de las mejores prendas. Es muy frecuente hallar personas cuyo primer aspecto nos repugna porqué descubrimos ese tono de suficiencia, ese mirar de dominacion, ese aire de superioridad que hiera tanto à los demás, aun en los mismos que tienen algun derecho para ostentarse de este modo; luego que nos acercamos, vemos que todo aquello de prosopopeya, no es mas que una esterioridad que suele encubrir à un hombre sensible, moderado y sensato, à quien después nos aficionamos perdonándole su aire teatral tan en contradiccion con las demás cualidades que le adornan.

Pero asi como las otras virtudes, la modestia y la moderacion tienen tambien sus hipòcritas: hay hombres muy vanos, excesivamente orgullosos, que afectan un aspecto muy sencillo y aun humilde, y un desprecio de artificio por el orgullo de los otros, aunque este orgullo no lo sea en realidad, sino el tono adecuado y digno, de un hombre que sabe estimarse como corresponde. Regularmente esos misàntropos que con tono amargo, y acre sátira motejan todos los goces, todas las maneras de existir en el mundo, lo que ellos no pueden disfrutar; son los mas vanos que pueda darse, y el criticar el coche, es porqué no les es dado andar mas que à pié: gracioso es oír motejar de jayan y salvaje à un hombre fuerte y vigoroso, por un encañijado y raquitico, que apenas puede arrojar la respiracion, y nada es mas singular que la rabia envidiosa y de mayor orgullo, del que nada representa en el mundo, porqué nada es capaz de representar, contra los que algun mérito efectivo ò cualidades mas felices colocaron en algunas de las gradas de la inmensa escala del poder. Terrible casta de vanos es esta, y por desgracia muy frecuente: tanto mas perjudiciales, cuanto à que su esterior primero nos parece de hombres humildes; pero que en realidad con mas vanidad que todos, envenenada furiosamente por la envidia, no salen demostrar su orgullo sino moriendo como un perro rabioso.

Aquí deberia poner término à mis observaciones sobre la vanidad, pero forzoso es echar una ojeada à los que osten-

tan saber, à los que están pagados de su talento ò de su instrucción, à los Scuderi que se precian de oscurecer à los Corneille, y à los Avellanedas que piensan hacer olvidar las páginas inmortales que el genio reveló tan solo à Cervantes. Como los demás vanos, los hipócritas de la sabiduría son aun mucho mas fastidiosos, mucho mas dañinos: yo soy un ignorante, esclaman, pero à mi pobre juicio Newton dijo mil desaciertos, Leibnitz tocaba el violon y Virgilio es un poeta sin genio; ellos que siempre nos están encareciendo su no saber, aunque ponderándonos sus estudios, y su afán constante que nunca los apartó de los libros, si encuentran algun osado que intente contradecirles, le atacan con todo lo que una bilis furiosa y envenenada tiene de mas hediondo y corrosivo. Pero nada es mas chistoso que esos autores que consultan sus obras (se entiende para oír aprobaciones:) el inmortal autor de Gil Blas nos ha dejado en el pasaje de las homilias del Arzobispo de Granada un razgo, que no deben echar en saco roto los consultantes, y sobre todo los consultados. ¿Con qué tono despreciativo y de poco valor oyen la critica aun mas dulce y fundada? qué risa burlona sueltan al escuchar la observacion mas sensata, como una ineptia inconcebible! por el contrario si el censor es de manga ancha, si tiene gana de reir ò si le gusta reir à costa de los mentecatos, y prodiga las alabanzas, los encomios; entonces el consultor significándole modestamente su bondad, se deshace en cumplimientos, en protestas, é indica que con efecto hay alli algo bueno; y en seguida el nombre y la reputacion del complaciente oráculo se esparce por todas partes, aunque sea un camueso, y aunque no halla hecho mas que burlarse del pobre autor. Terminaré mi cuadro: el pobre género humano está condenado à mil miserias de cuerpo y de alma, pero ninguna mas comun ni que mas le aflija que la del orgullo; porqué lo de menos es que nos ridiculiza, sino que nos priva del amor de los demás hombres, sin el que es imposible vivir feliz en la sociedad: nuestra arrogancia repugna à cuantos nos rodean y no menos à los que son tan arrogantes como nosotros, y unidos huyen de quien los rechaza, y cuando nos miran abatidos nos ponen el pié sobre el cuello, y escarnecen nuestra miseria con mofa insultante.

SECCION CUARTA.

POESIA.

A Sefina.

Gocé tan solo la ilusion mentida
de una sonrisa que brindó inocente
al pecho ardiente en agitado amor
céllica virgen.

Sonrisa alegre que estasiado vi
ornar sus labios de carmin precioso,
á quien dichoso embebecido daba
mi adoracion.

Ayer en sueños por mi mente inquieta
cruzó ligera una esperanza vana,
gloria mundana que feliz miré,
cual luz divina.

Y el gérmen era de desdicha tanta,
que ya el destino me guardaba insano,
pues inhumano mi placer trocó
en cruel desden.

Y solo vaga por mi númen triste
aquel recuerdo de pasada gloria,
que la memoria con pesar eterno
bendecirá.

F. V.

LA ILUSION.



I.

Joven hermosa, que en la patria mia
 Tu celestial imàgen admiré;
 ¿Fuera este un sueño que en mi mente ardia?
 O una pura vision que contemplé?
 Yo ví en tu tierno rostro la ternura,
 Y en tus ojos el fuego del amor
 Y tu voz escuché, y en la espesura
 De los bosques la brisa no es mejor.

II.

Flotaba tu cabellera,
 Como del Eden las flores
 Mecidas por los amores
 Al soplo de un serafin.
 Tu dulce mirar divino
 Mi corazon penetraba,
 Mas que el rayo me abrasaba,
 Mas que el fuego tropical.

III.

La aureola de luz te circundaba,
 El àngel de tu guarda sonreia,
 Las matizadas alas desplegaba,
 De los ojos profanos te encubria.

IV.

Y al verte sentia
 Placer superior,
 Que vaga en la frente
 Del àngel de amor.

V.

¡Placer sublime! que mi triste vida
 Ni aun en la tierna infancia saboreó,

¡Bella alegría! como tú escogida,
Con que el cielo tus gracias adornô!

VI.

Ya tu frente
Refulgente,
Angelical,
Sonreía
La inocencia
Celestial.

VII.

¡Oh! dulce ilusion, jóven amada,
La vez primera que gocé el placer,
Mas puro que de un ángel la mirada,
Que mueve el corazon con su poder.
Mas ¡ay! que despertara, y la amargura
En vez de tan gratísima ilusion,
Vino à cubrir mi frente de tristura,
Y à llenar de tormento al corazon.

VIII.

Que apurar debo en el suelo
Cáliz triste de dolor,
Y en mi amargo sinsabor
En vano imploro el consuelo.
Porqué el destino fatal
Labró mi infelice cuna,
Que allí la dicha es ninguna,
Si se ignora como el mal.

Derrama un niño su llanto,
Pero ignora su tormento,
Mira un tûmulo contento,
Llora al escuchar el canto.

Si es jóven sufre el rigor
De horroroso porvenir,
Pues solo logra reir
En los ensueños de amor.

IX.

El que niño fuera ayer,
Y hoy jóven se contemplara,

Ni un recuerdo le quedara
De aquella edad infantil.

Porqué esa edad es un sueño
De la juventud despierta,
A arrastrar su edad incierta
De lo que un tiempo será.

No en aquel que ha despertado
A una adolescencia de oro,
Si en mí que despierto al lloro
De la ilusion que perdi.

Alma del cielo escogida,
Como el ángel que la guarda,
Jamás en ella descarga
Su mano la adversidad.

Aquella que al cielo dió
Gracia, belleza y virtud;
No à mí, que solo un laud
Para llorar me dejó.

X.

Y alzo al cielo mis ojos abrasados
Del llanto ardiente que verti por ellos,
¡Y tú los alzas apacibles! bellos!
Como brilla la estrella del candor.

Empero, mi ilusion di ¿qué se ha hecho?
El blando sueño que en mis ojos vi,
En que la magia de tu dulce hechizo
En mi sencillo corazon senti?

XI.

Volò para siempre, si,
La ilusion solo me queda,
Un vacio que me veda
Hasta acordarme de mí.

Pero ¡ay! olvidame, hermosa,
Y de tu pecho me aleja,
No te atormente la queja
De mi cancion dolorosa.

LA AUSENCIA.

«Qué breves pasan del placer las horas
 «Las dulces ilusiones,
 «Que al mortal halagaron,
 «Qué eternos son del hado los rigores.»

I.

Dame la triste, destemplada lira,
 Y el plectro infausto de ciprés ornado,
 Para que exhale el pecho infortunado
 El ¡ay! agudo que el amor me inspira.

Cuando pulsar la dulce lira intento,
 Tan solo luto y sinsabores canto,
 Por mis mejillas corre amargo llanto;
 Con lágrimas se alivia mi tormento.

II.

El mortal bronce tronaba
 Al ver tú la luz primera,
 Y una rosa en la pradera
 Tu nacimiento anunciaba.

De esta suerte celebrara
 Naturaleza tu oriente,
 Y con su canto elocuente
 Tierno ruiñeñor trinara.

Que fué aquel un bello día,
 Que ora por mi mal recuerdo,
 Y hasta el sufrimiento pierdo
 Contemplando mi agonía.

De tu amistad apartado
 No podré dichoso ser,
 Que la fuente del placer
 Ya la ausencia la ha secado.

III.

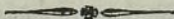
A tu patria corre, vuela,
 Y en la sombra deliciosa

De la palma venturosa,
Goza lo que el alma anhela.

IV.

Si alguna vez de tus paternos lares
Tornas los ojos à la gran Antilla,
Y al refulgente sol en que ella brilla,
Recuerda el triste vate de Almendares.

Consàgrale siquiera un pensamiento
Su alegre lira convirtiò en laud,
No se debe escuchar jamás su acento!
Con que antes aplaudiera la virtud.



A LUISA EN EL BAILE.

¡Con qué placer simpático, adorada,
Platicábamos tiernos y amorosos
Entre el contento del ruidoso baile!
Agrada mas á mi sensible oído
De tus labios, balsámico el acento,
Que del céfiro blando
En noche estiva el cariñoso aliento.

¡Cuál me estasiaba, celestial criatura,
Al contemplar sobre tu faz de rosa
Las delicias de amor!... ¿Tus vivos ojos
Cual Timon* mirará que en fuego eterno
No arda su corazón? El alma mía
A tu mirar intenso se inflamara:
A tu mirar intenso, amable Luisa,
Se disiparon mis secretas penas,
Cual se disipan las opacas sombras
Que inquietas vagan en la noche fría
Al primer rayo ardiente
Que de su carro lanza el Dios del día.

*Misàntropo de Atenas.

No bien tu seno voluptuoso viera
 En la veloz y divertida danza,
 Cuando en el mio conmocion sintiera,
 Cuando en el mio la celeste llama
 Del ciego niño con furor prendiera.
 ¡Cuán ágil desplegaste
 Tus gracias todas y atractivos bellos!
 Cómo tus áureos fulgidos cabellos
 Breves rizos formando,
 Ora tu talle encantador cubrian
 Con mágico abandono.
 Ora al impulso de aire delicioso
 Olas y olas sin fin raudos fingiendo,
 La faz velaban del mortal dichoso
 Que sin rubor entre sus tibios brazos
 Tu beldad profanaba....

¡Insensible mortal! ¿Tu alma está helada?
 Tu corazon mármoreo no se agita
 Al rutilar de sus luceros claros?
 A fuer de monstruo entre los brutos vive,
 Y mas no ultraje tu frialdad impia
 La bella Luisa, la adorada mia.
 Posa, si, posa en mis amantes brazos
 Ese ángel adorado,
 Por quien gozoso ¡oh, Dios! yo volaria
 De la Arabia desierta
 A los inmensos abrasados valles
 Hasta que escuche mi plegaria ardiente,
 Tierna acogiendo mi pasion vehemente.

¿Nunca tanta ventura,
 Hija querida de la Cipria diosa,
 Habré yo de contar? Ama à este triste,
 Cual jóven maltratado,
 Que ya en tu amor purísimo procura
 Endulzar del destino inexorable
 La bárbara opresion....

¡Ay, si me amaras!

¿Cuál fuera yo feliz! Cómo encendido
 De mi patria en los campos
 Te amara mas y mas! Cómo gozosa
 Allí su trono la virtud alzara
 Y en su ardor celestial nos animara!
 Antes que el sol con su templada llama
 Tiña de grana las etéreas playas
 Del trémulo occidente,
 Allí del mango à la apacible sombra
 El ruido oyendo de lejano arroyo,
 De amor la dulce embriagadora copa
 Ansioso apuraré.... luego dejando
 Mi feliz embriaguez, tu tardo paso
 Compañaré por la floresta amena,
 Y de tu espesa cabellera el oro
 Esmaltaré con los sagrados dones
 De la Flora inmortal: y por la noche
 Contemplarémos de la amiga luna
 El eterno girar.... yo embebecido
 Compararé de sus plateados rayos
 El tímido fulgor, con la modestia
 Y el pudor virginal que su luz clara
 Sobre tu frente traslucir me diera....
 ¡Cuánto entonces mi gozo y dicha fuera!

Amame, Luisa, candorosa Luisa,
 Y yo seré feliz.... ¡Cuántos tormentos
 La cruda suerte à mi pasión prepara,
 Si tú no enjugas con benigna mano
 Las lágrimas amargas que Cupido
 Me causa impío! De los cielos hija,
 ¡Ah! no permitas que un amor tirano
 Feroz sepulte mi verdor lozano
 Entre las sombras del dolor.... El fuego
 Ardiente calma que en mi pecho siento,
 Y torna en gozo mi fatal tormento,
 Para adorarte arrebatado y ciego.

P. H.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

La Joven de la Flecha de Oro.

IX.

¿Contentará en la vaina, contentará en el labio,
el puñal, decidme, ni la indignacion?

J. I. MILANES.

Rostro á rostro del susodicho personaje que acababa de entrar, se quedó Jacobo (que fué el primero á levantarse) dudando largo rato si era verdad ó ilusion de sus ojos, lo que tenía delante. Al cabo, llevándose ambas manos á la cabeza, en altas voces dijo:—¡Muchacha! Qué buscas aquí? Quién te ha traído á esta casa? Qué novedad ocurre en la tuya?

Pero como no respondiese á sus atropelladas preguntas, porque los sollozos y el cansancio le anudaban la voz en la garganta, él obligándola á sentarse y á beber un poco de agua:

—Vamos, prosiguió, ¿dime lo que te ha sucedido? Porque te veo aquí, y á estas horas? Han robado tu casa? Habla.

—No.... puedo, contestó con voz desfalleciente.

—¡Hombre! Si no la dejas alentar! agregó el amigo de Jacobo, que fué quien trajo el agua. Y observando el vaso, exclamó:—¡Ay! Tiene la boca rompida! El vidrio y el agua están teñidos de su sangre.

En efecto, aprroximándole la luz al rostro, advitieron en todo él diversas y grandes contusiones, y estampados con especialidad en el carrillo izquierdo los dedos de una mano: el labio superior partido, desangrando á hilos, y con principios de hinchazon. Su traje se veía, si cabe, en peor estado. No traía pañuelo al pescuezo; el vestido revuelto y deshecho en varios girones, el cabello desgrenado, los piés desnudos. Creció con esto la admiracion y lástima de nuestros jóvenes, y acudiéndole con los remedios que mas presto se les vinieron á las manos y á su poca práctica en propinarlos, lograron al fin, no solo resañarle la sangre que le corría de la boca, sino aliviarle en gran manera los dolores tanto fisicos como morales que la aquejaban; con lo que se halló bien pronto en estado de responder á las repetidas preguntas de Jacobo; á quien la menor de aquellas injuriosas señales ponía espuelas á su curiosidad.

—¡Ay, niño Jacobo! exclamó la estropeada muchacha. Las cosas que pasan hoy en mi casa, nunca creí que pasaran. Su merced no ha visto de eso en su vida.

—Pero en suma, Anacleta, ¿qué es lo que pasa? continuó Jacobo sentándosele al lado. Aun nada nos has dicho, y morimos por saberlo.

Entonces ella reparando en el amigo de Jacobo, que tambien se le habia sentado á la izquierda y muy inmediato, ya con la palabra en los labios para continuar su narracion, se detuvo, temerosa quizás de descubrir ante un extraño, sucesos domésticos que solo interesan y se oyen con benevolencia por las personas interesadas en ellos.

—Nada tienes que temer ni recelar, se apresuró Jacobo á decirle. Ese caballero que ves ahí es mi amigo, y tan impuestito, cual yo, de las desgracias de tu señorita; de quien desde luego presumimos que vas á hablarnos. Habla, pues, nada nos ocultes ni disimules: cuenta que tus palabras caerán en un pozo sin suelo.

—Pues como ya he dicho otras veces al niño, prosiguió la mulata, mi señorita y el señor don Simon hace algun tiempo que andan disgustados. Nunca lo que quiere mi señorita, lo aprueba el señor don Simon, ni lo que hace el señor don Simon, le parece bien á mi señorita. De manera, que no hay entenderse, ni averiguarse nadie en casa. Siempre mi señorita

se levanta desabrida, y el señor don Simón parece que dice siempre: aparta, que aquí estoy yo; porqué va para tres meses que nadie le ve reirse, ni poner la cara alegre á ninguno. De aquí resultó, que deseando mi señorita ir esta noche al baile de la Filarmónica, tuvo que valerse de mil empeños; y aun así por poco no va, por las cosas del señor don Simon. La verdad de Dios sea dicha, que mi señorita mas fué al baile por hablar con su merced, que por ver el baile; pues aunque ella no me lo declaró así, yo lo infiero por esto que le contaré. Hace dos ó tres noches, estando ella y yo solas hablando de su merced, me dijo: —Mira, Anacleta, tengo ganas así de encontrarme cara á cara con él, solo por preguntarle qué de dónde sacó, y cómo se atreve á decir en los *Diarios* que yo he vendido mi corazón por dinero. —Y me enseñó una poesía en que la ponen como nueva. Sin embargo de que no mienta persona, ni se dice abajo quién la hizo: mi señorita, que sabe mucho, ha sospechado....

—Tu señorita, repuso Jacobo de pronto para ver de cortar la cansada digresion de la narradora, ya está impuesta y satisfecha por mi mismo, que yo no he sido el autor de esa maldita poesía, en que la ponen como nueva, segun tus palabras; conque así, puedes continuar.

—Pues segun iba diciendo, mi señorita de malísima gana, y casi á empujones, se vistió y salió para el baile. ¡No parece sino que el corazón le decía lo que iba á suceder! Ojalá que nunca hubiera ido! Acaso no me vería como me veo! Yo me quedé, pues, sola, pensando en la niña y en todos los trabajos y penas que estaba pasando en casa de su marido, siendo así que en casa de su padre siempre se vió como reina, y nunca como negra; todo esto ¿porqué? no mas que por haberse casado con un hombre de mal genio, que no le puede tener ley, ni cariño á nadie. ¡Bien no quería ella ir al baile! Con el cuidado de su vuelta, no quise recostarme, ni separarme de la sala. Figúrese el niño ¡cuál no sería mi susto y mi sorpresa, cuando yo que la hacia muy contenta y muy divertida en la Filarmónica, sintiendo ruido en la escalera, me asomo y la veo subir seguida del señor don Simon! Mi ánimo era preguntarle en el momento, qué había sucedido, pues tan temprano se retiraba del baile; pero reparé que traía la cara muy seria, y lo mismo el señor don Simon, y me contuve. Ella fué y se

echó en el sofá: él se quedó en pié en mitad de la sala; y yò temblando como quien tiene mucho frio, me recosté en la hoja de la puerta del cuarto, por dentro, esperando en qué pararía todo aquello. Mi señorita callaba: el señor don Simon habló primero, y dijo:—¿Ve usted señora, como yo tenía razon en oponerme á que fuera usted al baile? Solamente su padre de usted que es un niño, me hubiera obligado á dar mi consentimiento. Pero por fortuna, aun no es tarde. Sepa usted si no lo sabe, que usted no se ha casado con su padre, sino con conmigo. ¿Lo oye usted, señora?—Conmigo: y sepa él que ya todos los derechos y prerogativas que tenía sobre usted se acabaron desde el momento que usted me dió á mí la mano; y que puedo disponer de usted á mi antojo. Juro á Dios y á lo mas sagrado, que usted no me saldrá de casa sino cuando yo lo mande, ó pierdo el nombre que tengo. Usted antes de casarse debió de haber reflexinado que con su mano me hacia dueño de su albedrio, de sus gustos, de su corazon, en fin; y que como tal dueño debía exigir que se me obedeciera en todo y por todo.

Y por este estilo le dijo una porcion de cosas, que no tengo bien presentes ahora. La niña hizo como que iba á hablar; el señor don Simon, mas furioso que antes, le cortó la palabra gritando:—No sé qué tendrá usted que alegar en descargo de su conducta. ¿Por ventura no la vi yo mismo?—Y aunque me vieras, se atrevió al fin la niña á decirle, hay algo de malo en que él me hablase allí?—Lo que yo mas extraño, es la cara con que usted lo dice, señora; replicó el señor don Simon colorado como un tomate. ¿No se lo había prohibido á usted espresamente?—Podía yo tampoco impedir que viniese á hablarme, ni mandarle que se fuera?—No se habría él acercado, si usted no le hubiese atraído con sus sonrisas, estoy seguro. Ustedes bien saben, cuando les conviene, el modo de rechazar ó atraer á los hombres, y usted por cierto, no es de las menos instruidas y prácticas en este arte.

Así estuvieron disputando gran rato, sin que yo atinara con la causa que había motivado la disputa, hasta que mi señorita levantándose del sofá, aunque anegada en lágrimas, le dijo con bastante seriedad: que él era muy injusto; que no la trataba como su mujer, sino como su negra; que desde antes de casarse estaba muy prevenido contra ella, y por eso en todo

lo que hacía y decía, hallaba él tanta malicia; que su mal genio y sus celos eran la causa de todos aquellos disgustos y pesares, y en fin, que ya no podía sufrir mas que tomaran sus palabras y acciones por tan mala manera, ni se había casado para emparejarse. Entonces el señor don Simon, cual si le pegaran banderillas de fuego, saltó y dijo cuanto se le vino á la boca; y en acabando de hablar, salió como para meterse en el cuarto. Mi señorita le siguió, suplicándole que la oyese, hasta la puerta, donde él empujándola con toda su fuerza, la hizo caer de espaldas contra una mesa que había en la sala.

—¡Bárbaro! Esclamaron Jacobo y su amigo á un tiempo.

—Yo di un grito, prosiguió la mulata, y corrí á socorrer á la niña; pero entonces el señor don Simon, saliendo otra vez del cuarto, me agarró por el pelo, y me arrastró fuera de la sala, después de haberme agolpeado á su gusto; diciendo que yo tenía la culpa de todas sus desavenencias con la señorita, porque le llevaba y le traía cuentecitos de su merced.... de su merced.... repitió Anacleto dirigiéndose á Jacobo.

—¿De mí? dijo este admirado.

—Sí, señor, de su merced; que había hecho juramento de que yo no pondría mas los piés en su casa, pues iba á obligar á la niña á que me vendiera. Y así, niño Jacobo, como su merced me vé, descalza, toda rapiada y llena de sangre, porque le pedi que me dejara cuidar á la niña, que había caído malamente, dándome una patada, me echó diciendo que fuera á dormir á casa del señor don Prudencio, hasta que él buscara amo que me comprase. El muy inhumano no me permitió, no digo ver á la niña, que es lo que mas siento, ni ponerme zapatos, ni mudar de vestido, ni coger una manta. Y aquí me tiene el niño, que no sé qué hacerme, ni cómo queda la niña, pues segun la rabia del señor don Simon, me parece que la ha matado. Por eso he venido adonde su merced, á ver si su merced le puede valer de algo. y me da algun consejo, porque no tengo valor para presentarme en esta figura al amo y á las niñas. El amo, además, vive allá fuera, son como las diez de la noche, y deben haber cerrado la puerta de la Muralla. Conque ¿qué hago? preguntó la mulata viendo que Jacobo y su amigo se habian quedado silenciosos y cabizbajos al terminar ella su narracion.

—¿Qué harás? Dijo el primero saliendo de su cavilacion, y

dudoso aun de lo que aconsejaría á aquella pobre muchacha. Lo que has hecho, prosigió con amargura, desgraciadamente me ata las manos para obrar con libertad, ó me abisma el pensamiento para discurrir lo que te estaría menos mal en tan apurado lance. ¿Qué diran los que te conocen por esclava de la mujer de Alegrias, y me conocen á mí, si por acaso te vieran entrar en mi casa? No confirmará él cuando lo sepa (pues estas cosas siempre se saben), y con justísima razon, todas las sospechas que sin necesidad de ello, contra su esposa le inquietaban!—Y en diciendo esto, se derribó en la silla, como anonadado bajo el peso de un gran dolor.

—Hombre! Ya veo yo que tú te abogas en muy poca agua, saltó el amigo. ¿Tienes mas que llevar esta muchacha á casa del Comisario, y decirle que no la conoces, pero que se te ha presentado huyendo, segun dice, de su amo que la maltrata? Porque primero es tu honor que nada.

—¡Es posible, niño!—esclamó Anacleto; y se cubrió la cara con las manos para ocultar su dolor y el torrente de lágrimas que brotaron sus ojos.

—¡Anacleto! Dijo Jacobo poniéndose otra vez en pié, ajeno al parecer de lo que había propuesto su amigo. Mira: bien conoces que no me es dado favorecerte, como me lo manda el corazon en estos instantes, sin comprometerme y comprometer el honor de tu señorita, que seria lo mas sensible. Con todo, para que veas que te quiero servir haré que te quedes esta noche aquí, en un cuarto bajo, donde vive una mulata que es nuestra lavandera....

—¿No se llama Melchora Palacios?—le interrumpió Anacleto iluminado el rostro por un rayo de esperanza.

—Ese creo que es su nombre, contestó Jacobo.

—¡Ay! Pues es mi madrina de confirmacion, y no dudo que me admitirá en su cuarto....

—Me alegro mucho.

—Solamente, que como ya es tan tarde, y yo estoy así, tal vez se figurará que me he huido de mi casa....

—No te aflijas, ni te inquietes, que yo mismo bajaré á suplicarle que te permita dormir por esta noche en su compañía, que mañana irás conmigo á casa.... No, no puede ser. ¡Dios de bondad, qué situacion la mia tan terrible! Cómo es dable

que yo sea el que ampare y presente esta muchacha á don Prudencio, á su mujer y á sus hijas, sin que me tengan por el verdadero causante de todas, ó la mayor parte de las desgracias sobrevenidas á Paulina en su matrimonio?—Te quedarás á dormir; pero, Anacleta, por lo que mas quieras en este mundo, exijo de ti, que en cuanto suene el Ave-Maria, y antes que empiecen á llenarse las calles de gentes, te levantes y tomes la puerta y camino de la morada de tus amos, y contándoles todo lo sucedido en la de don Simon, ni siquiera te acuerdes de mi nombre, mucho menos del lugar en que has pasado la noche, ni de lo poco que me ha sido posible hacer por ti.

—Eso es decir que el niño no me sirve de padrino, repuso la mulata en la mayor afliccion. ¿Quién contiene el primer impulso del amo y la señora? ¡Ah! Me matan, me matan, niño Jacobo; no lo dude su merced.

—Pero ¿porqué, mujer? Qué has hecho tú para tanto? No temas: ve, preséntate á tus amos: diles la verdad, la verdad, Anacleta: tu misma inocencia te servirá de amparo: ellos no son injustos: tú eres muy querida de las niñas. Por Dios que lo hagas como te aconsejo! Mira que en ello me va la vida. Nada mas que esto puedo hacer en tu favor. Ven.

Reía de ganas el amigo al ver los apuros de Jacobo, que tomaban incremento á par de los temores de Anacleta. Empero, tal era su situacion, que no paró en ello mientes, al contrario, antecogiéndole por un brazo á la muchacha, persuadiéndola y prodigándole los apodos mas cariñosos, la llevó hasta el cuarto de la madrina, que por cierto dormía, y hubo que emplear con ella otro tanto de súplicas para que consintiera en abrir su puerta, y dar posada al inesperado huésped.

X.

Llorando lo aprendí con amargura
al férvido latido
de un corazon enfermo de tornnra,
que con ningun mortal ha dividido.

J. Z. G. DEL VALLE.

Liso y llano parece que después del estropeo y de la fatiga, Anacleta se durmiera en cuanto cayó en la cama. Mas no

sucedió así. Pasose la noche de claro en claro. Entre las cavilaciones de su suerte futura, la de su señorita, y los dolores agudos que por resultas de los golpes recibidos con el fresco le arreciaron, vínosele el día, y con él la realidad de su desgraciada y crítica situación.

—¿Qué pensarán la señora y las niñas, así discurría ella consigo mismo, cuanto me vean entrar tan de mañanita? Pero y si me ve el amo, ¿qué dirá el amo? No dirá que me he huido, ó que no quiero servir al señor don Simon? Y si le cuento la verdad, como me aconseja el niño Jacobo, ¿no dirá que yo tengo la culpa de todo lo que sucede? ¡Si pudiera entrar sin que él me viese....! Aunque yo me meta por la cochera, de seguro que me topo con él leyendo el *Diario* en el patio.... Virgen del Cobre ¿qué es lo que me pasa? Está conocido que el niño Jacobo no me quiere servir. Me aconseja que cuente la verdad: sí, para que me castiguen, porque el señor don Prudencio se pondrá furioso en cuanto lo sepa; y como no puede vengarse en el señor don Simon, seré yo la que pague el pato. Siempre la sogá quiebra por lo mas delgado.

En fin, Anacleta, despues de haberlo reflexionado mucho, visto que no hallaba salida, y que no podría dejar de ir á su casa sin que sobre su conducta dobles sospechas recayesen, se resolvió á hacerlo, pero demorándose por las calles algun tiempo, cosa que su repentina llegada no causase tanta novedad; pues además la madrina la había provisto de vestido limpio, zapatos y *manta* con que cubrirse la cabeza. Y sucedió á la medida de sus deseos. Su primera entrevista fué en el jardín con las muchachas. Contoles mil cosas y mil mentiras que fraguó por el camino, cargando la mano en el celoso carácter y violento genio de don Simon, sobre el cual acumuló toda la culpa de las aflicciones que padecía Paulina; y por supuesto, las hermanas declarándose contra él, prorrumpieron en quejas y en lamentos. Mas cuando llegó el caso de imponer de todo lo sucedido á doña Dolores, el asunto cambió prontamente de aspecto. Como mujer mas avisada y de experiencia, no podía convenir en que el arrebató de celos de don Simon procediese de puro capricho. Interrogando á la mulata sobre el caso con calma y detenimiento, la cogió en varias y groseras contradicciones; y esta viéndose perdida, apeló á la declaración real del

hecho, sin descuidarse empero de traer allí, como la causa primera de aquellos disturbios domésticos, la entrevista de Jacobo con Paulina en la Filarmónica; que en su entender, la ponía á cubierto de toda culpa. Mas como aun esto no esplicaba los motivos que tuviese Alegrias para echarla de su casa de tan mala manera, para satisfacer á su señora, viose Anacleta en el caso de inventar nuevas mentiras: y no hay duda sino que salió airosa del aprieto, porqué tambien vino en su ayuda el recuerdo de la oposicion que al principio aquel mostrara á que Paulina la llevase consigo.

En vista de tal relato, doña Dolores y sus hijas, no obstante el amor de madre y de hermanas, no pudieron menos de convenir en que si Jacobo estuvo atrevido llegándose á hablar á Paulina, no se portó esta como discreta oyéndole; que los celos del marido eran por aquella vez justos, y disculpable su arrebató; que convenia hacerle entender al primero que dejase de inquietar á los esposos con sus descabelladas pretensiones, dado que desde luego las suponian en él; y á la segunda que cuidase mas del decoro de su persona, y del honor puro y sin mancha de su casa y familia.

Sin embargo, aun quedaba el rabo por desollar. Ya no era posible disimular por mas tiempo á don Prudencio, las discordias suscitadas entre Paulina y su marido, mayormente habiendo él estrañado y preguntado con curiosidad, porqué Anacleta no retornaba á su casa después del tercero dia de su salida de ella. Entonces doña Dolores le refirió todo lo acaecido la noche del baile de la Filarmónica, ocultándole no obstante, por prudente precaucion, el término brutal á que Alegrias llevara sus celos. Y á pesar de eso, segun lo temian sucedió. En los primeros arranques de cólera, don Prudencio quiso ir y matar al yerno; porqué él decia, y no sin razon, que su hija era incapaz de dar el menor motivo de queja y desconfianza á su marido, y que solamente un hombre suspicaz y roñoso como él, pudiera poner en duda su virtud y su honestidad. Las persuasiones de doña Dolores y sus hijas, de que tal vez no serían mas que enojos de novios, lograron calmarle algun tanto; pero sin renunciar á la idea de ver al yerno y reñirle, si fuese necesario, para que tuviera mas delicadeza y finura en el trato de una niña, que nunca mereció tacha por su conducta.

Para mas satisfacerse y tranquilizarse la familia toda, acordaron llamar á casa á Paulina, con cierto disimulo, luego que hubiese calmado la primer llamarada de cólera que naturalmente produjo la noticia de su desavenencia con el marido. La intencion era, en especial de la madre, aconsejarla y amonestarla en secreto; pues estando todas las probabilidades contra ella, como hemos visto anteriormente, no titubearon en condenarla sin oirla. Por donde se verá que el amor paternal en don Prudencio, ardió mas vivo y puro en aquella ocasion. Y que sucediera así nos parece cosa bien natural; ya porqué él estaba ignorante de las pretensiones amorosas de Jacobo hácia Paulina antes de su matrimonio, ya porqué (y es lo mas cierto) como hombre de ánimo sencillo y candoroso, ni siquiera sospechaba que existiese la infidelidad en la mujer, cuanto mas que su hija llegara á serlo. Doña Dorores al contrario. Bien que no temiese tal, el lance de Guadalupe, que no podia poner en olvido, y que solamente don Prudencio no comprendió, la traía de continuo llena de inquietud; y hasta no ver y hablar á Paulina, es probable que no hallaría sosiego.

Efectivamente, al cuarto ó quinto dia bien de mañana, con el espreso consentimiento de su esposo, vino ella á casa de la madre; habiendo ido en su busca Orosia y Carlota, con achaque de ver unos trajes de seda, y otras frioleras que les habian enviado los hermanos desde el Norte. Por la cara y el aire de don Simon, nada se podia sospechar del acontecimiento; pues recibió á las comisionadas no solo alegre, sino con agasajo. Mas bien los ojos y las maneras encogidas de Paulina revelaban alguna cosa; aunque empeñada, como estaba en ocultarlo, preciso es decir que lo habia conseguido al punto de dejar en duda á cualquiera que la mirase sin prevencion.

El sitio destinado para el interrogatorio secreto era el primer cuarto. Orosia, Carlota y Gabriela, que ya estaban avisadas, en cuanto se pararon los cariñosos cumplimientos de costumbre, y otras muestras de amor fraternal, fueron desfilando disimuladamente, hasta dejar á doña Dolores sola con Paulina. Demasiado conoció esta desde un principio las intenciones de unas y otras, por mas que las escondieran bajo la apariencia del puro afecto y el deseo de verla; pero en su santa re-

signation, aguardó con calma que se le declarasen por cualquier parte.

—Condolor de mi corazón, hija mía, hallado á mi noticia el disgusto que acabas de tener con tu marido, le dijo la madre entre seria y pesadosa. Del amor que te profesó, como de las ideas de moral y buena crianza que hemos procurado infundirte tu padre y yo, puedes calcular si lo habré extrañado y sentido.

—Mamá, le interrumpió Paulina con los ojos llenos de gruesas lágrimas, si hemos de hablar en un asunto por su naturaleza desagradable á usted y á mí, le estimaré que primero me diga lo que le han contado; porqué podría ser que con una palabra quedase usted satisfecha, y yo tranquila.

—A decirte la verdad, niña, á mí me lo han contado de varios modos; pero el mas verosímil, en mi concepto, es como te referiré. Dicen (yo no lo vi, que lo siento) que la noche del baile en la Filarmonica estuviste hablando con Jacobo Enamorado, en momentos que Alegrias....

—Es verdad, mamá, volvió á interrumpirle la llorosa jóven con muestras visibles de agitacion profunda, es verdad que él me habló allí y que yo le hablé, mas por efecto de una casualidad, que por intencion anterior. Y aunque es cierto que yo deseaba esta casualidad, bien sabe Dios si en ello creia que pecaba, y si tuve poderosos motivos para deseársela.

—No me meto por ahora en averiguarlo, Paulina, repuso la madre ocultando cuanto le era posible en el espejo de su fisonomía la especie de asombro que las últimas palabras de su hija le habian causado. Si tuviste ó no motivos para consentir en que ese jóven te hablara allí, contra la espresa prohibicion de tu marido; nadie mejor que tú debes saberlo. El caso es que Alegrias te vió con él, segun me han dicho; que de verlo le entraron furiosos celos, que te arrebató de la diversion (no la podrás negar), y que llevado de la ira, después de una gran disputa que contigo tuvo, en que se dijeron buenos disparates, te estropeó como una negra.

—Falso, falso, mamá, repitió Paulina en el mayor apuro. ¿Ya lo ve usted? Simon no me ha tocado ni en un cabello. El no es tan bárbaro como todo eso.

—¿Quiéres que llame á la mulata, que fué quien me lo contó? A bien que está en casa.

—¿Para qué? Usted no da crédito à mis palabras? Pudiera yo negarlo si fuera así?

—En resumidas cuentas, hija, supongamos que Simon no te ha puesto un dedo encima, supongamos tambien (aunque esto es mucho suponer) que no te dijo palabras injuriosas, ni tú á él, y que solo fué un enojo de novios, que se apaga apenas nace; todavia la resolucion de botar á la mulata me trae escandalizada.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—¿Quién? Nadie mas que tú.

—¡Yo, mamá! Es posible que usted lo crea así como me lo dice?

—Si, Paulina; porqué de las mas de las faltas atribuidas al esposo, la sola responsable y la culpada es la esposa. ¿Tuviera él ocasion de mostrarte su carácter celoso, si tú no le dieras causa y pié? No es posible. ¿Impidiérate que salieses á la calle, y que vinieses á verme, si no hubieras hecho lo que hiciste en Guadalupe la noche de tu casamiento? Creiste por ventura que aquella que vocea su pasion es la que mas quiere, ó te figuraste que era un paso de novela? Es preciso que seámos justos: que le demos la razon al que la tenga.—Por otra parte; adviérte que desde que saliste de nuestro abrigo, has cambiado enteramente, y de manera, que nadie te conoce. Hasta hace pocos dias, te confieso la verdad, estaba persuadida que los caprichos de don Simon eran el origen de todos esos disgustos; pero me he convencido que no. Cualquiera creería que entraste en el matrimonio haciéndote violencia á tí misma, y que le sobrellevas gimiendo y llorando, es decir, á no poder mas. Esto se te nota á leguas: no tienes ni la discrecion de disimularlo, que es lo que hace una mujer prudente y de juicio. ¿Cómo quieres que tu marido no se ponga de mal humor, hasta celoso, si te ve de continuo alicaída, triste, por los rincones suspirando y huyendo la claridad del dia, segun refiere Anacleto? No sospechará, y con sobrado fundamento, que abrigas en tu pecho un odio contra él, ó alguna pasion en favor de otro hombre, que sus cariñosos cuidados y atenciones no alcanzan á desterrar?

—Sospechas vanas, pues demasiado sabe él, como lo sabe usted que yo no amaba á nadie, ni sabia lo que era amor cuando le di la mano.

—Creerá que ha nacido después, ó que eres una mujer loca, ó mal criada, como ya lo ha dicho otras veces.

—La crianza es una cosa, mamá, y el querer es otra; y no comprendo cómo usted y Alegrias, que por otro parte, tienen buen juicio, las confunden. El amor no se enseña: es semilla que está en nosotras desde que nacemos, y brota en el corazón al calor simpático de la persona que naturalmente nos llama.

—Pero, hija, la educación ó la crianza, enseña á guardar decoro y prudencia, á ser amables, y á llevarnos bien con aquellas personas á que la suerte nos une.

—La crianza, la amabilidad, la prudencia se pierde, cuando esa persona en vez de disimularnos nuestras pequeñas faltas, halla gusto especial en echárnoslas en cara, en avergonzarnos por ellas, en cerrarnos las puertas del arrepentimiento y de la enmienda.

—Eso es decir que ustedes no llevan ninguna armonía.

—Si de confesarlo depende el que usted se convenza que ni él ni yo podremos ser ya felices unidos, delo usted por sentado.

—Y entónces, ¿para qué y por qué te casaste?

—Nada mas que por dar á usted y á papá gusto; tambien porqué usted me dijo que no se necesitaba amor para casarse la mujer y ser feliz.

—En cuanto á lo primero, te digo, que ni tu padre ni yo te forzamos: en cuanto á lo segundo, no solo me afirmo, sino que nunca me apearé de mi primera opinion. ¿Pues tú te figuras, acaso, que cuando me casé con tu padre, yo le amaba ó le quería? Te equivocas. A mí me lo presentaron mis padres; casi me mandaron que me casara con él. Pero pregunta, pregunta á tus hermanas, mayores que tú, á la familia toda, á todos nuestros amigos y parientes: pregunta á ver si hemos tenido jamás el menor disgusto ¿qué disgusto? la mas leve desavenencia en veinte y pico de años que llevamos de matrimonio.

—No mida usted, mamá, el corazón de los otros por el suyo propio. Usted, además, vino mucho antes que yo al mundo; en un tiempo en que nosotras casi no teníamos albedrío; en que la Habana estaba todavia muy atrasada en muchas cosas;

en que la educacion que se nos daba veíase reducida al rezo y la confesion; en que para guardar nuestro honor, tenian que encerrarnos y ocultarnos de las gentes con celosias y cancelles; en una época, por último (usted misma me lo ha referido varias veces), en que la mujer, no tanto se casaba por mudar de estado, cuanto por adquirir libertad y ver el mundo.

—¡Paulina! Esclamó su madre con asombro. ¿Dónde has aprendido tanto y tales desvarios, que jamás oí en tus labios?

—Madre mia, repuso ella conmovida, aunque con dignidad, los aprendí en los sufrimientos y en las desgracias. Déjeme usted concluir. Yo vine en otra época, me crié en otro trato, crecí en otra sociedad, aprendí en otros libros, y nacieron en mí muy diversos pensamientos, é infinitas necesidades morales, que no conocían las mujeres del tiempo de usted. Yo, por ejemplo, conozco que para ser feliz debía haberme casado con un jóven de mi edad. Debía de haberme enlazado, madre, à un hombre que alguna vez sintiese como yo; que alguna vez pensara en Dios, en la gloria, en los àngeles; que alguna vez se acordara de su esposa para borrarle con un beso un siglo de penas; que alguna vez, en fin, la esperanza, la fé, la caridad, hinchendo su pecho, sacase ternura à sus ojos, à sus labios palabras de paz y de amor:—único sustento de una mujer sensible y enamorada. ¡Pero el cielo no lo ha querido, y así aquí està todo mi daño, madre! Y quiere usted que lo disimule! ¿Dónde està el corazon tan manso, el alma tan grande, que borre del rostro las profundas huellas que deja tras sí el largo padecer? ¿qué ria cuando deba llorar? ¿qué cante cuando sienta morir? Cabe disimulo ni silencio en quien como yo pena?

—Todo eso es verdad, hija; ¿mas qué remedio?

—Lo conozco, mamá mia, dijo Paulina posando la cabeza en el seno de su madre; lo conozco demasiado. Si me quejé, fué únicamente por ver si lograba sincerarme à sus ojos, y que me compadeciera.

—Niña, yo te compadezco, siento tus males con todo mi corazon, repuso doña Dolores estrechándola en sus brazos ya enternecida, y al fin llorosa. Pero hija, cuidado, alerta con el demonio, que se reviste de formas no vistas ni imaginadas para tentarnos. ¡Qué no me hubieses tú hablado así en tiem-

po! Qué no adivinase yo entonces que tu repugnancia hacía él mas nació de la contradicción de genios, que de necio amor por otro hombre! Acaso ni á tu padre ni á mí nos hubiera ocurrido pensar en el tal Alegrías, que el espíritu maligno parece que trajo á nuestra casa para su de desolacion.... Mas ya no tiene remedio, Paulina. Ya nada se saca con llantos ni lamentos. No hay mas que conformidad, paciencia y fé en Dios, que no desatiende á los afligidos. Piensa por otra parte, hija, que Jesucristo llevó su cruz hasta el calvario; piensa tambien que otras han padecido mas que tú; y sobre todo, no olvides nunca que no se alcanza la virtud sin lucha, ni la gloria sin penitencias y trabajos. Sufre, hija, calla, disimula cuanto puedas; procura con tu amabilidad y tus ternezas amansar el carácter iracundo y suspicaz de tu marido, único defecto que hasta á ahora se le conoce; y ya que no esperes de él la recompensa, espérala de aquel que todo lo ve. ¿No es creíble que el mismo Dios te haya enviado esos trabajos en descuento de tus culpas?—Tu padre, que salió desde temprano, quizás á esta hora esté con Alegrías, pues me dijo que iba á verle y hablarle sobre las ocurrencias de la otra noche. Tú bien sabes los respetos y consideraciones que él guarda á tu padre: así no dudes que se tranquilice y se modere, no ignorando el enojo que nos ha causado su proceder contigo. Sobre todo, te encargo, te recomiendo, te suplico, hija mia, que le huyas á Jacobo.

—Mamá ¿le he buscado yo alguna vez, por ventura?

—No lo sé, ni lo sospecho, niña. Si te aconsejo que le huyas, no quiero decirte mas, sino que no te acuerdes en tu vida de que tal hombre existe, que en cuanto le veas venir por tu calle, cierres tu balcon y te escondas de sus ojos; porqué podría ser que hasta su vista te hiciese daño: y además el honor de la mujer es cosa tan delicada, que á semejanza del acero, cualquier aliento le empaña. No pongas jamás tu virtud á prueba: mira que solo el que evita las ocasiones es el que salva de los peligros.

Las hermanas, que aun no habian salido del cuarto inmediato, en este punto del diálogo de Paulina con su madre ya no pudieron contenerse mas tiempo, y saliendo fuera la abrazaron y besaron: con lo que se armó tal sollozo, y llanto

tal, que ni que se les hubiera muerto una persona muy querida y allegada. La conversacion de aqui adelante, hasta la hora de comer, por de contado que tomó diversos y varios rumbos; pero los ánimos estaban tan sobrecogidos por el asunto que habia dado origen á aquella entrevista y sus revelaciones, que inútiles fueron los esfuerzos de Orosia en el piano, y los de Gabriela en el canto, para alegrarlos y distraerlos. Luego la llegada de don Prudencio, cosa de las dos de la tarde, que esperaban con ansia, acabó de entristecerlos á todos. Apenas entró que se encerró en el cuarto con su mujer, donde aunque estuvieron corto rato, parece que se comunicaron noticias de gran monta, porque sacaron ambos el semblante demudado. En particular el padre habló contadas palabras en la mēsa, y además estuvo bastante cumplimentero con la hija; lo cual en él indicaba á leguas su enojo. La madre, si bien habló mucho y dijo algunas gracias, no fueron estas suficientes á desvanecer las sospechas de disgusto que infundian en Paulina sus acciones y semblante, en que de preferencia paró la atencion. Por si alguna duda le quedaba, la fria despedida que la familia le hizo, vino á confirmar todos sus recelos. Doña Dolores, viéndola salir mística y cabizbaja, dijo á Gabriela con aire compasivo:—Esta muchacha va á darnos muchos pesares todavia. Se le ha metido en la cabeza que no es feliz con Alegrias, sabe Dios qué locuras emprenderá por lograrlo. Ha aprendido y sabe mas de lo regular: y es notorio que solo para su daño crió alas la hormiga.

XI.

Nada de lo que pasara entre Paulina y su esposa llamó tanto la atencion á don Prudencio, como el haber echado á Anacleto de casa, que en su concepto era de gran trascendencia, sobre el escándalo que se causaba al pueblo. La escusa que le dieron de los celos de Alegrias por el loco amor del ama hácia la esclava, y de esta á aquella, en ninguna manera le satisfizo, aunque por contemporizar, ó verificar sus dudas, hiciese que lo creia. La visita, pues, que hizo al yerno, secundariamente se encaminaba á ese fin. Escusamos decir que se reci-

bieron, segun anuncia la vulgar frase, con espada en mano; Mas por dicha no era la condicion, ni la edad de Cifuentes, la mas propensa à la cólera, que antes de su demasiada mansedumbre y proverbial bondad, se prevalian muchos de los que le conocian el flaco, para triunfar de él y rendirle.

Al principio, fuerza es confesarlo, uno y otro se dijeron sendas claridades, tales como:—Es usted un mal hombre.—Mas malo es usted, que no ha sabido educar su hija.—No la crié yo para hombres de su estofa, que ella es una bendita.—Diga usted hipócrita:—y otras à este tenor. Cuando pasó el primer impetu, conocieron ambos que nada habian adelantado. Vino la razon en auxilio del mas prudente, esto es, de don Prudencio, el cual en vista de la firmeza y serenidad con que el yerno se defendia de todas las acusaciones, no pudo menos de reflexionar que algun motivo poderoso tuvo él para proceder con Paulina y la mulata de la manera que se sabe; y empezó à moderarse y à esplicar sus deseos de que se justificara refiriendo el hecho con toda verdad. Alegrias, que no deseaba otra cosa, dió largas y estudiadas esplicaciones, ocultando el lance del empuellon y la caída contra la mesa, seguro, como estaba, de que jamás su mujer le desmentiria; pues hartas pruebas le diera ella de secreta y resignada. Nada tampoco tenia que temer de la lengua de la mulata, porque la esperiencia le había enseñado, que era la cosa mas fácil del mundo el desmentir à un esclavo. Con todo, para prevenir este caso, cuando se ofreció contar el porqué de haberla echado, no hizo mas que pintarla con los negros colores de la que se entretiene en el criminal oficio de tercera con una señora casada, para convencer al suegro y atraerle enteramente á su partido. En corroboracion de su dicho, y para que obrara en su defensa, citó el hecho de haber ella dormido en casa de Jacobo la noche que la espulsó de la suya; especie que por casualidad supo por un mercader su amigo, que vivia cerca y la vió entrar, aunque no salir. En esto no podia caber ninguna duda á don Prudencio, porque Anacleto no pareció por su casa hasta el dia después del suceso: con lo cual acabó el yerno de justificarse y de excitar á su mas alto punto el enojo del amo contra la esclava, que desde entonces no vió el momento de castigarla, ni se ocupó de otra cosa.

En semejante disposicion, fué como le vimos entrar con su esposa en el cuarto, donde habiéndole descubierto todo lo que acababa de saber, entre los dos, con gran sigilo y preseteza, concertaron el género de pena que debia imponerse á la culpada. Era esta la de arrebatarla de su cama cuando mas descuidadas durmiesen las muchachas (por temor, sin duda, de que se opusieran con llores, ó cosa tal, pues la amaban por extremo), enviarla á una quinta que ellos poseian en las inmediaciones de Marianao, y alli que fuese entregada al brazo secular del capataz por tiempo indefinido: todo lo que se cumplió al pié de la letra, y en la madrugada del dia sétimo de su delito. Por manera, que cuando al subsecuente Gabriela, Carlota y Orosia notando la falta de Anacleta, preguntaron por ella, y les informaron del castigo que le habian impuesto, ya no tenia remedio, ni pudieron hacer otra cosa que compadecerla de todo corazon.

En el entretanto, don Prudencio, doña Dolores y don Simon (á quien así mismo se participó al instante todo lo hecho), no cesaban de rendir gracias á Dios por haberse podido curar en tiempo el mal sin mayor daño, escándalo ni coste. El último, sobre todo, parece que habia echado un velo á los sucesos del baile y sus consecuencias, ó por mejor decir, habia vuelto á su antiguo sistema de *tira y afloja*, porqué no pasaba dia sin que trajese á su mujer algun regalo, cualquiera cosilla que él presumiese que podia complacerla y obligarla al mismo tiempo: norte de todos sus cálculos en negocios de amor. Bien es que el abatimiento de espiritu, y la profunda tristeza en que habia caído Paulina desde el diálogo con su madre y separacion de Anacleta, llegaron á alarmarle, temiendo por su muerte, ú otro resultado funesto á entrambos. Aparte de eso, los amigos y los parientes de ella y de él, no cesaban de repetirle que el único medio de distraerla, era sacarla á paseo, esto es, al sol, frase de que se valió alguno para mejor encarecer su consejo. A este propósito volvió á comprarle carruaje, calesero y criadas de mano, que reemplazaran á la por siempre querida y llorada Anacleta; habiendo ante todo trasladado su almacen á una casa próxima. Alegrias por complacer á sus amigos y los parientes de ella, ó en otros términos, por probar el último recurso, dijo que iba á echar el

resto, á arruinarse, si era necesario, por una sonrisa de su mujer. En ello creemos y debemos advertir á nuestros lectores, que no hacia gran sacrificio, porque nos consta que su comercio estaba en el mejor pié: ninguna de sus especulaciones, como hijas de un cálculo maduro, le habian salido fallidas.

Lo que mas llenó de confianza y satisfacion á Alegrias, fué ver el empeño que se tomaron los suegros en castigar á la que ellos miraban como la causa primera de sus disgustos con Paulina, y lo pronto que estuvieron á creer y apoyar sus quejas. Cobró, pues, ánimo, permitió á la mujer que fuera cada y cuando gustase á ver la madre, y mostraba el mayor contento siempre que esta venia á verla á ella. Aunque no era esto último lo mas frecuente, sin embargo, se repitió sobradas veces para que Paulina notara todo lo que habia perdido en el cariño de sus padres y hermanas, y lo mucho que su esposo habia ganado. Entonces acabó de cerrarse su corazon á toda alegría y á toda esperanza, acrecentose su melancolia al estremo de traerla por los rincones de la casa en continuo llorar y en continuo gemir, hasta que al fin negose á ver la calle, los paseos públicos y su misma familia.

Un suceso bastante inesperado, empero, vino á derramar un rayo de consoladora esperanza en la existencia de Paulina, ya casi marchita por los pesares, y á sacarla de aquella especie de apatía moral en que yaciera. A fines de noviembre llegó definitivamente del Norte, donde en varias épocas se habia pasado cerca de ocho años, su hermano mayor Pablo. Don Prudencio y doña Dolores, que eran rumbosos, para celebrar como debian tan grato acontecimiento, convidaron á toda la *parentela* (frase de que la última hizo alarde), entre cuyo número fuerza es que contemos en primera linea á don Simon y su esposa; hicieron ricos y abundantes preparativos; y cuando todo estuvo á punto, dieron la cita para la hermosa quinta, que segun apuntamos en otra parte, poseían en los alrededores de Marianao.

Estaba esta situada á orillas del camino real, sobre la mano izquierda, y con sus jardines, sus frondosos bosques de cocos, naranjos, zapotes y otros cultivos, ocupaba una extension bastante grande de terreno, eso mas bello, que era muy

llano. Las fábricas haciendo frente al norte, desde lejos descollaban sobre los copudos árboles: franqueábanlas una especie de corredores ó pasadizos por sus cuatro lados; y estos defendidos por barandas de hierro, con su reja á cada viento ó puerta. Tras de las casas se dilataba la arboleda formando graciosos bosques de todas frutas, cruzados en todos sentidos por calles, ó guarda-rayas de lirios y azucenas; de las cuales unas conducian á huertas, otras á estanques ó abrevaderos, y otras á un lugar de baños de pozo, cubiertos de melancólicos bambúes.

Los dias destinados por don Prudencio para la campestre fiesta, eran dos. En el primero, preciso es decirlo, concurrió muy poca gente: paóse en juegos de tresillo, en tocar y cantar al piano, en paseos por el bosque, y á la caída de la tarde en tirar al blanco con unas pistolas finísimas, llamadas de desafío, que trajo Pablo del Norte. Pero en el segundo, aun no eran las diez, y la casa se vió llena de parientes, amigos y amigas, tanto de don Prudencio, como de don Simón en particular, y del mismo celebrado. Por supuesto que desde bien temprano se apoderó la juventud de la sala y armó la danza, nunca tan alegre y galana como cuando sus adornos se reducen al verdor de los árboles, á las flores de los jardines, y al reflejo del azul de nuestro cielo en los campos. Las personas mayores y de peso acamparon en los pazadizos, alrededor de pequeñas mesas, dispuestas para toda clase de juegos: blancos y tupidos toldos las defendian de los rayos del sol, que aun en medio de diciembre los vibra ardientes. —Entretanto, por la cocina, el patio y arboleda, andaba tal bulla, movimiento y grita, que nadie se entendia. Figuráos por un momento seis ó siete pajes corriendo de aquí para allá sin ton ni son; tres ó cuatro cocineros con sus galopines desplumando aves, beneficiando animales, atizando el fuego, y en gran charla y voces con aquellos; luego ocho ó diez caleseros arrastrando sonoras espuelas de plata y repartiendo sendos *cuartazos* á otras tantas parejas de lozanos caballos, que relinchan, cocean y brincan á un mismo tiempo; y tras todo esto, figuráos, digo, otras diez á doce negras, entre nodrizas, criadas de mano, amas de llaves, etc. que tan pronto enredan con los pajes porqué no andan listos, como con los

gefes de cocina porque despluman y benefician los animales medio vivos, como con los caleseros porque cuidan mas de los caballos y quitrines que de ellas, y tendreis una idea, aunque leve, de tamaña baraunda de cosas.

Cerca de las cuatro de la tarde hubo un intervalo de descanso. Antes de ponerse á la mesa, y aun antes de que el sol hiciera lo mismo tras del horizonte, casi todos los jóvenes, y muchos viejos, salieron á dar un paseo por entre los árboles. Pablo, cuyo amor por su hermana Paulina tocaba en delirio, desentendiéndose de sus lindas amigas, le tomó el brazo, al parecer por distraccion, y se apartó con ella por sendas escusadas una buena pieza. Así que se halló á solas, en lo mas espeso del bosque, parose, y mirándola fijamente, le dijo:—Páreceme, hermana mia, que has casado contra tu voluntad. ¿Será cierto?

—¿Quién te lo ha dicho?—Replicó ella en voz alterada con otra pregunta: y casi no alzaba los ojos del suelo, por temor de que su hermano leyera en ellos la verdad.

—¿A mí?... nadie. ¿Necesito, por ventura, que otros me digan aquello mismo que veo con mis ojos, y toco con mis manos? Yo no advierto en tu semblante, en tus menores acciones, en tus palabras, el pesar interior que te aniquila? Eres tú tampoco la misma Paulina, fresca, lozana, alegre, risueña, linda, sí, linda, que yo dejé cuando partí para el Norte en marzo de este propio año?

—¡Ah! Pablo, Pablo! Esclamó Paulina arrojándose en sus brazos, inundada en lágrimas. ¡Yo soy muy infeliz! Cuánto he anhelado tu vuelta! Si tú no te hubieses ido...! acaso yo no me viera casada como me veo!

Efectivamente, ¿quién mejor que Pablo para escuchar sus cuitas, ampararla y protegerla contra las odiosas prevencciones de su familia, y su marido juntos? Criado, puede decirse así, en un país donde la civilizacion y perfeccion social caminan á una por el sendero de la virtud y el honor; donde las prerrogativas que Dios concediera al hombre y la mujer se deslindan y respetan con tal religiosidad; donde la paz y la dicha doméstica, cual joya preciosa, se trasmite de padres en hijos, y de generacion en generacion; en un país, repetimos, donde señaladamente la mujer conserva todos sus dere-

chos y libertad para elegir á su talante el hombre con quien debe unirse para siempre. Pablo, pues, á falta de un amante, que rechazaba su recato, era el único hombre destinado á arrancarle su secreto, á abrir su pecho á la queja, su corazón al afecto, su alma á la esperanza. Paulina no le ocultó nada. A saltos, como se lo permitían los sollozos y las lágrimas, le hizo una pintura bastante exacta de su vida, principiando desde su casamiento hasta el instante en que allí se veían; todo conforme con lo que hemos dicho mas á la larga en los capítulos anteriores.

—Es cierto, hermano mio (concluyó ella por estas palabras), que antes de casarme yo me sentia inclinada á Jacobo; pero ni él me ha dicho nunca una palabra de amores, ni yo he pensado después de casada en otra cosa que en huirle y preservarme de su seducción, pues ya sé que me amó y me ama. Sin embargo, papá, mamá, Alegrias, mis hermanas, que no ven el sacrificio, la lucha perpetua de mi corazón, me juzgan con tal ligereza, que me creen hoy enamorada.... criminal. Y no me duele, ni me mortifica tanto el que esten en esa persuasión, como que me digan con los labios una cosa, y con sus acciones me prueben otra. Ya he perdido el valor para salir de mi casa, é ir á la de mi madre. Porqué he notado que casi nunca me reciben en la sala como era natural, sino en los cuartos, después que ó van ellos á buscarme, ó es mi marido el que me lleva. ¿Temerán que me escape con Jacobo? ó que de pasar él por las ventanas, y yo le vea, reviva el amor en mi pecho? Pero esto no es nada, Pablo, en comparación de los misterios, de los rodeos, de las miradas de inteligencia que se dirigen por detrás de mí, del estudio, en fin, que ponen para no hablar en mi presencia de ciertas cosas que tengan la mas remota conexión con Jacobo, y con los sitios donde él me ha visto, ó yo le he visto. Si es en mi propia casa, tú no puedes figurarte las mortificaciones que paso cada hora del dia. No hay vez que salga mi marido á la calle, que no encargue á sus dependientes, hasta los criados, que averigüen todo el que entre y hable conmigo, para que cuando él vuelva le informen, á ver si es persona conocida y de confianza. Esto no siempre, pues otras ocasiones en que imagina que ha de tardar, da órden terminante de que no se reci-

ha á nadie. Suele así mismo, á una mujer vieja, su paisana, que trajo no sé de donde, recomendarle que no se aparte mucho de mí, que observe si suspiro, si lloro, si me quejo, si me asomo al balcón, si me estoy ociosa, ó si me paseo agitada ó imaginativa. También acostumbra decir con aire de naturalidad y candidez, que volverá á tal ó cual hora, y he reparado que siempre, ó se anticipa, ó se detiene. Todo esto, Pablo, tan sin disimulo, tan sin discrecion, motivo ni delicadeza, que he olvidado las veces en que le he sorprendido comunicando órdenes, acechando puertas, fingiéndose malo, cansado, ó cosa tal, para que yo me descuide y caiga. Y es el caso, que si todos sus espías son como la vieja, ya puede descansar. No hace, ni dice palabra mi marido, que por ella al minuto yo no la sepa. Habiéndome cobrado un cariño de madre, á juzgar por sus ponderaciones, no halla medio mejor de probármelo que traerme cuantos chismes ha podido recoger de los dependientes, de los criados, y hasta del mismo Alegrías, que le paga para que me vigile. ¿Cómo quieres, hermano mío, que no me enflaquezca, ni me marchite, ni pierda la figura de gente, día por día, hora por hora, si con tal vida no sé como tengo vida?

—Pero Paulina, replicó Pablo con el entrecejo de la duda, oprimiendo con entrambas manos las blanquísimas y suaves de su hermana, ¿de dónde nacen los desesperados celos que embisten á tu marido y á la familia, pues algun fundamento han de tener? Cuándo diste tú que decir? Qué accion tuya de soltera ó de casada pudo infundir sospechas tan injuriosas á tu virtud y tu honor? Crees tú que la sola conversacion que tuviste con Jacobo en la Filarmónica, les haya bastado para atribuirte intenciones criminales? Has pensado si algun enemigo suelto ha metido la zizaña en el corazon de ellos? A ti misma no te causa asombro la dureza, la falta de caridad con que te tratan? Yo te creo, te compadezco, juro vengarte y defenderte de los que así te ultrajan; pero Paulina, esplicame esto, porqué ni me entiendo ni te entiendo.

—¡Ah! Pablo! El mal viene de muy atrás. Olvidóseme decirte, que yo me decidí á casarme sin saber lo que hacia. Me importunaron tanto y me llenaron la cabeza de tales cosas, que aunque quisiera, no estuvo en mi mano negarme. Así

es, que cuando me anunciaron la hora de ir à la iglesia, la más fatal de mi vida, de tal modo se turbò mi cabeza, y con tal prontitud acudiò la sangre à mi corazon, que no sé cómo no quedé en el instante muerta. Deseaba hablar, llorar, reirme, abrazar à mamá, y à mis hermanas, estrechar con las manos cualquier objeto, y no podia: yo no tenia fuerzas ni voluntad. De esta manera me llevaron à los piés del padre. Al bajar el presbiterio, ya casada, recuerdo que me pareció que Anacleto se me acercaba llorando, que le tendi una mano, que me la apretó mucho, que me habló al oido algunas palabras, que abrí los ojos, que vi la luz del templo, que sentí rasgarse mi corazon, y que dando un grito, caí desmayada en los brazos de mamá. Dicen que yo habia visto à Jacobo recostado en una columna, y que por eso me desmayé: si fué así, no me atrevo à segurarle, porque todo pasó para mí como un sueño horroroso. Aquí tienes, pues, todo mi delito, el origen de mis martirios....

—Calla, le interrumpió en voz baja Pablo, tapándole la boca con la mano.—Siento el ruido de los pasos de alguno que huella las hojas secas del bosque. ¿No divisas tras de aquel tronco, sobre la izquierda, los pantalones blancos de un hombre? Vámonos. Quizás nos acechen.... El mismo Alegrías tal vez.... En saliendo de aquí no nos volvamos à juntar hasta mañana. Tengo que hablar à papá y à mamá muy seriamente. Es preciso que hasta entonces pongas la cara alegre, que rias, que cantes y bailes si te lo piden: en el concepto, que el medio mejor de aparentar contento, es charlar mucho.

Prometióselo Paulina, y empezaron à caminar hacia donde escuchaban el ruido de las voces de quince ò veinte hombres y mujeres, hablando à un mismo tiempo. Poco antes de dejar la senda que habian traído, para seguir por otra que à la mano derecha se les presentaba, descubrieron una mujer de espaldas à ellos, sentada sobre una piedra, en actitud meditativa. Diole una voz Pablo, tornó ella la cara, levantose de improviso, y:—¡Niña mía! exclamò corriendo à Paulina, en cuyos piés cayó de rodillas.

—¡Anacleto! dijo el ama llena de gozo y de sorpresa. ¿Cómo estás aquí? Tú no quedaste en la Habana? Quién te trajo?

Veniste à pié? Dònde te han puesto de esa manera, que nadie te conoce? Serà posible, Dios mio, que todos los que bien me quieren han de verse cual yo?

—Pues su merced no sabe, repuso la mulata llorando, que va para tres meses que por òrden del amo y la señora, estoy na este destierro?

—No lo sabía. ¿Què motivos has dado tú para hacerte sufrir trato tan bàrbaro?

Anaclea clavò sus negros y centellantes ojos con espresion siniestra en la frente de su señorita, y por toda contestacion exhalò un largo suspiro.

—Advierte, dijo Pablo pasito à su hermana, que no podemos detenernos aqui: nos aguardan: ya nos echan de menos y sospecharàn....

—Si si, sospecharàn, replicò Paulina dudosa. Anaclea, dentro de una hora iràs à mi cuarto: alli te espero: tengo que hacerte muchas preguntas.

—Se me ha prohibido espresamente por el amo que me acerque à su merced.

—¿Lo oyes, Pablo?—No importa, ve. Tú no sabès el cuarto que en esta casa ocupè anoche?

—Demasiado, niña.

—Pues bien: la puerta que cae al jardin quedará cerrada, aunque sin aldaba: empuja, nadie te verà entrar.

Paulina y Pablo aligeraron el paso à fin de reunirse cuanto antes à sus amigas y amigos, y la mulata habiéndolos seguido largo trecho con los ojos, luego se entrò en el bosque, caminando apresuradamente en direccion occidental, esto es, contraria à la de la casa.

XII.

Si inocente una mujer
no hay desdicha que no guarde,
¡váigame Dios, qué cobarde
la culpa debe de ser!

CALDERON.

Tan atentos estaban hombres y mujeres alrededor de un gran estanque, mirando como bullian y se deslizaban sobre

las muertas aguas, acosados de todas partes, una partida de gansos y patos, que los dos hermanos cándidamente imaginaron sorprenderlos y asustarlos. Pero les salió muy al revés, puesto que don Simon, à quien la ausencia de la mujer traía por demás inquieto, descubriólos primero, y yendo hacia ellos, con las manos en alto:—¡Eh! amigos, les gritó desde lejos. ¿Dónde se nos habían metido ustedes? Nosotros ya los hacíamos navegando para el Norte-América, por lo menos.

Paulina se puso encendida como una malvarosa, y fué derecho à tranquilizar con su presencia à su marido, entretanto que Pablo, sin cuidarse de lo que habían dicho, soltándola del brazo, se acercaba al grupo mas gallardo de muchachas. Como todas estaban echadas de brases sobre la baranda circular del estanque, y las aguas se mantenían limpias, si bien movidas por la brega de los patos, retrataban en su espejo, partidos y disformes, una infinidad de rostros; lo que dió ocasion à graciosas burlas, dichos y risas. Y de manera, que cuando de allí à poco vinieron varios pajes à anunciarles que les aguardaban para comer, salieron atropelladamente, formando algazara tal, que las timidas aves batieron sus alas y graznaron de un modo lúgubre, creídas quizás de que el vecino bosque se desgajaba sobre ellas.

El paseo duró cerca de una hora. La del crepúsculo sería, cuando la gente se puso à las mesas. Y decimos à las mesas, porqué à pesar de ser la del pasadizo, que daba al sud, de cuarenta cubiertos, todavia hubo un sobrante de diez à doce personas, que tuvieron que ocupar otra en la sala. Por decontado que esta desde un principio se destinó para hombres mayores tales como Alegrias, Cifuentes, y otros de su edad, ideas y costumbres; pues à todo pudo atenderse, y se atendió, en una fiesta cuya mejor recomendacion era la franqueza y cordialidad con que se divertían.

Paulina, en este momento de bullicio y confusion general, en que crece el egoismo à medida del hambre de cada uno, pudo zafarse de su marido, y hacer una escapatoria al cuarto, so pretexto de mudarse de limpio antes de ponerse à la mesa, segun tenia de costumbre. Entró, pues, cerró las puertas, es decir, una que daba al patio de la quinta y otra à los cuartos interiores, dejando en la primera una criada,

con el encargo de anunciar su ocupacion à cualquiera que llegase preguntando por ella. Hecho esto con cautela y pres-teza suma, cual si temiera que la oyesen, se dirigió en puntillas à abrir la puerta del jardin por donde debia de entrar la mulata; mas como la encontrase sin la aldaba, volvió atrás y se sentò frente à frente de ella, para distinguir desde lejos al què la empujase. En el corto espacio de ir y volver à la silla, la viva imaginacion de Paulina hizo ràpida y tumultuosa carrera, tan fugaz en el avance como en el retroceso, y no vió à un lado y otro de su camino, mas que peligros, desgracias, faltas, tentaciones diabòlicas, siniestros presentimientos. Con lo cual, entràndole un terrible espanto, en que la sangre se paraba en las venas, y el corazon se le queria salir del pecho, por una especie de instinto conoció la imprudencia que acababa de cometer; y ya fuese con ànimo de marcharse, ya de sacudir la garra del remordimiento que la ahogaba:

—¡Si vendrá Anaclea! dijo enderezàndose trabajosamente en la silla, y paseando tamaños ojos por los rincones de su pequeña habitacion.

—Aquí estoy yo, niña le respondiò una voz que salia de abajo de la cama, y asomó, cual si dijéramos, en cuatro piés, la misma mulata, tocando un instante el rostro con la ancha colcha que caia hasta el suelo.

En el primer momento de verse à solas no hubo entre ama y esclava distancia de colores, condiciones ni clase: en un estrecho abrazo de hermanas derramó la última un raudal de afecto comprimido tres meses habia por el despotismo doméstico; y la primera su afecto y su terrible inquietud. Anaclea en los brazos de Paulina se juzgaba exenta de culpa y de castigo; Paulina en presencia de Anaclea se creía inocente y libre: entrambas amàndose, estrechàndose y sinceràndose reciprocamente, después del placer que se experimenta en manifestar un cariño correspondido, hallaban el maravilloso de olvidar los celos, las venganzas, el odio, tanto del amo, cuanto del esposo, que à manera de infernales espíritus se cernian sobre sus cabezas.

—El tiempo es corto, le dijo Paulina llevàndola hasta las barras del catre, en que se recostaron. Dime porqué estàs aqui, què te mandò, y desde cuàndo; en fin, todo.

—A mí nunca me dijo el amo la causa porqué me dester-raba al monte; pero Dionisio el calesero que fué quien me trajo, me dijo que porqué yo me habia quedado à dormir en casa del niño Jacobo la noche que el señor don Simon me botó.

—¿Y en efecto, fué así la verdad?

—Así fué, niña. ¿Dónde queria su merced que yo fuera à aquella hora de la noche? Debía tampoco presentarme al amo y la señora en la figura que el señor don Simon me puso? Qué alboroto no se hubiera armado en la casa si las niñas me ven-tal cual iba?

—En parte tienes razon: ¿pero quién te tentó à ir à casa de Jacobo? Porqué no dormiste primero en un portal, que cometer tan gran disparate, Anacleta?

—¿Qué quiere su merced? Yo no tenia otro conocimiento en la ciudad: y además de que nunca imaginé que llegara à saberse: puede creer la niña que ni me pasó por la cabeza que en ello hacia mal.

—Pues hete aquí esplicando el verdadero origen de las injuriosas sospechas de Simon, y de la tibieza, del despego con que me trata la familia. ¿Si tal es la confianza de la esclava con ese hombre, que se refugia en su casa, no pensarán ellos, y con sobrado fundamento, que mayor debe de ser la del ama? ¡Tú me has perdido! ¿Cómo me justifico yo? Quién abona por mi inocencia? Quién convence à mi esposo, à la familia, à las infinitas personas que ya están impuestas de todo, que fué una imprudencia tuya y no mia?... Mas ya no tiene remedio.... Está visto: mi suerte no cambiarà.... ¿Es posible que mamá y papà te hayan condenado sin oírte?

—Así parece, porqué al quinto ò sexto dia de la tragedia con el señor don Simon, sin decirme oste ni moste, me arre-bataron una mañanita de mi cama, y me trajeron aquí.

—Pero es de creerse que no será para toda la vida, como de que no te habrán dado otro castigo.

—¡Ojalà, niña! ¿Le parece à su merced poco castigo el de ponerme à trabajar un mes en el campo, otro cocinando, y este lavando la ropa del mayoral, de sus hijos y de su mujer? Le parece poco el de haberme echado encima este túnico de cañamazo que me destroza las carnes, cual si fuera de cuero, romperme los zapatos y cortarme el pelo? Yo no creo que el

amo haya mandado que me dieran este castigo; pero lo han hecho. ¡Ah! niña Paulina! A no ser por el amor que tengo á su merced, á las otras niñas, y á la señora, que al fin me ha criado, créame su merced que ya hubiera cometido una verdadera locura.... Dios está en el cielo. Anoche cuando la ví entrar en este cuarto acompañada del señor don Simon, desde el jardin, donde estaba escondida bajo una mata de diamela, senti en mi corazon y mi cabeza una cosa que yo no he sentido nunca, y me retiré al instante, porqué me parecia que me iban á descubrir.... Le aseguro á la niña, que cuesta mucho trabajo perdonar una injuria que nos hacen....

—¡Silencio! le interrumpió Paulina llevándose el indicador á los labios, silencio! Paréceme que alguien se acerca á la puerta del patio. Escuchemos.

En efecto, pararon un poco la atencion, y oyeron que la negra quo estaba de guardia decia:—Se está vistiendo; como si respondiera á anterior pregunta que le hubiesen hecho, y que ellas no habian oido.—¿Sin luz? replicó el otro mas alto. Es casi de noche, y el cuarto se ve atrancado por todas partes. ¡Paulina! agregó llamando. ¿No comes hoy? Estamos cansados de aguardarte.—Para allá voy, Simon, contestó ella en reconociéndole por la voz. No se detengan por mi; aun no me he acabado de vestir.—Pues pronto, que se enfria, dijo él, y alejose al parecer de alegre humor.

—¿Qué has visto? prosiguió Paulina hablando con la mulata, cuyos ojos estaban clavados en la puerta del jardin. ¿Has oido algo por ahí?

—Nada, nada, niña. ¿De quién tiene miedo? repuso Anacleta con leve sonrisa, á fin de ver si tranquilizaba á su señorita, que ya no podia ocultar su desazon. Yo era la que debía temer que me encontrasen aquí con su merced, y á pesar de eso estoy serena. Y para que vea su merced que es verdad lo que le digo, me comprometo, me brindo á peinarla y á vestirla, cual en otro tiempo, si es que mi mano no se ha vuelto pesada con el trabajo.

—De muy buena gana acepto tu ofrecimiento. Encenderé luz, porqué crecen las sombras de la noche. Dificilmente pudiera peinarme yo sola. Tengo un temblor en todo el cuerpo.... pero no vayas á figurarte que de miedo.... Corre un ai-

recillo.... ¿Qué me pueden hacer que no me hayan hecho? Qué me dirán que no me hayan dicho? Soy mas guapa de lo que crees.

—Lo veremos, dijo la mulata por lo bajo, mirando alternativamente á la puerta consabida y á su señorita, á quien consideraba bastante ocupada en romper contra la pared fósforos que no hacian luz, por la violencia y torpeza con que los frotaba.

Al fin logró prender uno, con el cual encendida la vela, que puso junto del tocador, se disponía á sentarse delante ya desatado el cabello para que la esclava ejerciese su antiguo oficio de peluquera, cuando esta le dijo:—Pero antes de pedirle debo pedirle un favor á la niña.

—¿Dí, cuál? que á servirte estoy dispuesta.

—Que me lea su merced este papel.

Tomole Paulina de sus manos, ó en mejores palabras, arrebatole, y leyó escritas con lápiz las que siguen: "Señora: quien no puede lisonjearse de que usted se dignará recibir estas letras, ¿se atreverá á pedirle una corta entrevista? Si, me atrevo á pedirla, no como el que tiene derecho sobre su corazon, que esto sería gran locura en mí pretenderlo, sino como el que espera su salvacion de parte de aquella misma persona que mas que otro alguno ha contribuido á sus desgracias, aunque de un modo inocente. Antes de responderme que no le es licito ni posible acceder á mi súplica, considere usted que esta se la hace un hombre próximo á emprender un largo viaje, y que de su concesion ó negacion depende el que viva ó no. ¿Si en medio de un monte, donde usted se encontrase por azar, viera colgando de un precipicio espantoso á un hombre, cuyos ayes le anunciaran su angustia é inminente peligro, dudaría usted ofrecerle una mano, aun con riesgo de su propia vida? Pues suponga usted, por un instante, que yo soy este hombre, y que usted, á menos costa, es la única persona que puede prestarle socorro y salvarle de una muerte horrorosa."

—¿Quién te ha dado esta carta? preguntó Paulina á la esclava con severidad sin concluir su lectura.

—El niño Jacobo, respondió ella bajando la cabeza, pero sin turbarse.

—¿Dónde?

—Cerca del baño de las cañas bravas.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde, poco después de haberme separado de su merced.

—¿Y él se ha ido ya?

—No, señora, que aguarda la respuesta.

—¿En qué paraje? Quizás en el jardín.... Anacleto, ¿tú me quieres comprometer? Has perdido el juicio? Qué locuras son estas? Si mi marido le ve entrar en mi cuarto, si le ve cualquiera de las infinitas personas que están en la quinta, ¿qué será de mí? ¡Ah! Imposible, imposible! Anda, corre, dile que se aleje de esta casa hasta perderla de vista, porque su aire mata.... Mas no, espera, antes seré yo la que me vaya. Toma: llévale su papel; hazle presente que es imposible de toda imposibilidad que hablemos aquí; que le ruego conserve su vida por amor de su familia y de sus amigos, y que me perdone....

—¡Cómo se conoce, niña, replicó la mulata con calma sin recoger la carta, que no es su merced la que ha de entenderse con el niño Jacobo! Ay! Si su merced le viera suplicar, suspirar y llorar á lágrima viva, como criatura que ha perdido su madre, ya tuviera mas lástima de él. Yo le confieso la verdad, que no me hallo con valor de llevarle la respuesta de su merced. Me parece que le ha de herir como si fuera espada ó cuchillo. Hablándome de su viaje, me dijo que no quería hablar con su merced mas que dos palabras, y se contentaba; que en caso de negarse su merced tenía resuelto salir del mundo, no que de su tierra; pues tal era su deseo y necesidad de verla y despedirse de su merced esta noche misma, que sin conseguirlo no podría embarcarse. También me dijo que yo, ú otra cualquier persona de confianza para la niña, podía presenciar la entrevista; que él se acercaría á este cuarto entre las nueve y las diez de la noche, cuando estuviesen mas engolfados bailando, cosa que no la echasen á su merced de menos en la sala; y que luego desaparecería de la Habana para no volver mas.

—¡Qué locura! No puede ser. ¡Ah! De pensarlo nada mas, se me erizan los cabellos. Si es que tú y Jacobo me aman, ¿cómo es que no hacen otra cosa que empujarme al mal? ¿Adónde está el cariño, la compasión que ustedes dos me tienen?

Desean verme mas infeliz de lo que soy? Acosada de celos injustos, de desprecios, de baldones.... Me voy. Acaso estás tú de acuerdo con él para sorprenderme aquí....

Con esto comenzó á arreglarse de prisa y mal el ca bello y el traje, para suponer que en efecto se habia vestido de limpio, todo sin tomar aliento ni descanso. En medio sus idas y venidas al espejo, acordose (parece) que la mulata desde un principio no habia apartado los ojos de la puerta del jardin: encaminose á ella pues, y llena de sorpresa y enojo, dijo:

—¿Quién le quitó la aldaba? Ya lo ves, mujer?

—¿Su merced se olvida, repuso Anacleta con sonrisa irónica, que la dejó sin aldaba en la persuasion de que yo aun no habia entrado? Esté la niña tranquila: vistase y péinese con calma, que el niño Jacobo no vendrá hasta la hora que le he dicho. Eso sí, en dando las nueve tenga su merced por cierto que vendrá aunque no le dé su permiso, que se esconderá como yo bajo de la cama, y que no saldrá hasta que hable con la niña. Su merced parece que ignora de lo que es capaz el niño Jacobo.... Ahora yo soy la que debo irme: quede la niña con Dios.

—No, no te vayas, Anacleta; exclamó Paulina deteniéndola por un brazo, y pasando el gancho de la aldaba para estar en mayor seguridad. ¿No ves tú que me es imposible acceder á lo que él solicita?

—Yo lo que veo, niña, es que su merced no tiene pizca de valor, ni de resolución.

—Supon tú que Jacobo viene y habla conmigo sin que le vea ni la tierra, ¿deja de ser malo por eso que yo casada admita á deshoras de la noche un hombre extraño en mi cuarto?

—En no sabiéndose.... creo que si no es bueno, tampoco es tan malo como algunos piensan.

En tal sazón llamaron á la puerta del patio con mas fuerza que al principio, y no una, sino cuatro ó cinco personas; por lo cual ama y esclava se hallaron en la precision de separarse. La última que conservaba la mayor serenidad, á par que crecía la turbacion y el aturdimiento de aquella; dando por hecho que consentiria en esperar á Jacobo, mandó abrir al instante para desvanecer toda sospecha que su encierro y tardanza pudieran haber despertado: mientras tanto ella tornó á su

escondite, recelando, como era natural, que le tomasen las vueltas. Abrió, en fin, Paulina, y entraron en el cuarto Gabriela, Carlota, una prima y dos amigas, que dijeron venian en comision de parte de doña Dolores, para llevarla á la mesa, pues ya se habia servido la sopa, y su asiento, á la izquierda de Pablo, móvil de la fiesta, nadie habia querido ocuparle aguardándola. Incontinenti volvieron á salir todas las muchachas, dado que hallaron dispuesta á la que buscaban, menos Gabriela, que con cierto disimulo se quedó un tantico atrás para examinar, como suele decirse, con el rabo del ojo, los rincones del aposento; pero cerciorada de que no habia nadie, siguió á las demás.

Entretanto, veamos qué hacia don Simon. Como notase desde por la tarde el desvio de su mujer, empezó á entrar en bravas sospechas; mas discuriendo que el medio mejor de descubrir lo cierto era dejarla en libertad de obrar á su antojo, ni siquiera le contradijo en una letra, cuanto mas mostrarle sus recelos. Por eso fué que ella consiguió encerrarse en su cuarto á la hora precisa de ir á comer, y por eso tambien que logró ver y hablar á la mulata. Alegrias, sin embargo, por lo que tardaba en salir, temiendo no le jugasen una pasada, llegose y llamó á la puerta segun hemos visto mas arriba, cuando calculó que pudiera haberse vestido. Pero asi mismo hemos visto que Paulina, ni por esas apresuró su operacion; entonces él conociendo que se le remataba la paciencia, y que no le era posible volver á importunarla sin descubrirle su afan, disimuladamente allegóse al oido de doña Dolores, y le preguntó por ella: la cual advertida de su falta, al momento mandó en su busca las muchachas.

Ahora, pues, con el aparecimiento de Paulina en la mesa, todo al parecer volvió á entrar en el mejor orden. Por lo menos la madre, que estaba cerca de Pablo, y el padre en la mesa de la sala, ya impuestos de lo ocurrido, se arrellanaron en sus sillas en señal de tranquilidad y contento: aquel particularmente le dirigió una mirada cariñosa y de inteligencia al recibirla á su izquierda, y hasta don Simon, desde el lado de don Prudencio, habiendo llenado su vaso, brindó con mucho desembarazo á la salud del recién venido. Acabada la comida se levantaron los manteles, y con ellos los comen-

sales, separándose los hombres de las señoras para fumar y charlar de cosas varias. Vueltas à cubrir de dulces las mesas, tornaron à sentarse todos, cada cual en el sitio que antes ocupara, de allí à una hora ó poco mas. De manera, que señaladamente los del pasadizo, vinieron à concluir à las ocho largas; y debiendo armarse luego luego, el canto y el baile, obligaron à los de la sala à emigrar al otro pasadizo: para lo cual cargaron con mesa y asientos, que fuè un motivo de diversion, y al mismo tiempo de gusto para ellos, pues así se hallaron mas à sus anchas.

Y si nuestros lectores no lo han por enojo, mientras en la sala los jóvenes y las jóvenes se sofocan bailando, acompañaremos al lugar de su destierro à tan festivos emigrados. Ya se deja entender que à compàs de las botellas de tapalarga y de Champagne, destapadas desde la comida à los postres, crecería el alegre humor de la mayor parte. Don Simon, al menos, el grave y severo don Simon, y hasta el pacífico y manso de don Prudencio, parece que olvidados del sitio y del carácter que representaban en la sociedad, no pensaban en otra cosa que en divertirse. Bien es verdad que les cayó al lado un andaluz de peluca, con barbas escasas y teñidas, que aunque poco ó nada hablaba, como no soltase de la mano la botella, y con sus saboreos é insinuaciones de ojos y cabeza, no dejase tiempo ni ocasion à la escusa, tenían que beber, ó arrojar la copa. Delante de ellos así mismo había acampado un rollizo militar, bajo de cuerpo, el rostro moreno y largo, que parecia de piedra por la dureza de su espresion; al cual tambien no había forma de resistirse, puesto que donde apuntaba la boca de su botella, allí con la mayor impavidez, vertía un mar de vino, lo mismo sobre la tabla, que dentro del vaso. Otros varios personajes seguíanles después casi del mismo humor è inclinaciones de los descritos, que seguramente no habían pertenecido nunca à la sociedad de templanza. Cuando las cabezas de todos, y los licores bullían mas efervescentes, he aquí que se aparecen algunas señoras, entre ellas Paulina y su madre, que acomodándose de piè tras las sillas de los hombres, manifestaron deseos de participar en alguna manera del general contento.

—¡Animo, y à ellos, muchachos! gritó el militar. La victo-

ria es nuestra: nos llegan tropas de refresco, que aunque bisoñas espero que hagan su deber.

El andaluz con mucha sorna, agregó:

—El que no vaciare su vaso à la salud y en compañía de tan reales mozas, merece que le llamen judío, y cuando no, moro; que es cuanto yo imagino que se puede decir à un hombre de bien y cristiano viejo.

—¡Por supuesto, por supuesto! exclamaron todos. Nuestro amigo està en la razon: el baile y el vino sin las mozas es zupia, saben mal. ¡Beber y bebamos!—Y por aquí entonaron una bàuica cancion, muy sabida de la mayor parte de los aficionados à la uva que pueblan los banquetes. A la conclusion de ella, cada uno llenò su vaso y le ofreciò à la señora que tenia à sus espaldas. Unas le vaciaron, otras no hicieron mas que catarle, y hubo quien no le llevò à sus labios siquiera. Esta, desgraciadamente, fué Paulina (que acertò à quedar detrás de su marido), cuya aversion al vino era invencible.

—¿No les parece à ustedes, dijo don Simon algo picado, dirigiéndose à sus comensales, que es una grave falta, digna de ejemplar castigo, que dè mi mujer en la majaderia de no beber la sangre preciosa de Cristo?

—¡Cómo es eso! añadió el militar. Pues el artículo de la ordenanza està bien terminante: todo soldado que vuelva espaldas al enemigo, cuatro palazos. No hay remision: beber ó morir.

—Poco à poco, camarada, le interrumpiò el andaluz, pues él y su compañero eran los que estaban dispensados para decir gracias. Si esa señora se empeña en no beber, falta tan escandalosa para el *cuero*, será preciso que antes de proceder à la *ejecucion*, se le bautice con vino para alivio de su alma; porqué seria doloroso que yendo, como va por agua liquida, nunca jamás amen alcanzase el reino de los cielos.

—Ya lo oyes, volvió à decir Alegrias con un vaso en la mano, encaminándose à Paulina que se habia refugiado en los brazos de su madre, temerosa de que llevasen à efecto las chanzas del militar y el andaluz.—Por esta vez, hija, no hay escapatoria. Si no bebes, te bautizo. Elige.

—Ni bebo, ni me bautizas, replicó ella pasando à los brazos de otra señora algo mas distante.

—Míralo bien, muchacha, repitió el marido sin dejar de acercársele. Yo tengo de enseñarte à beber vino.

—¡Simon, por el amor de Dios! Mira que absolutamente puedo beberle. No es por hacerte el desaire: bien lo sabes tú, y lo saben estos señores: no está en mi mano.

—No hay Dios, ni Simoncito que valga. Lo que se ha mandado se cumple. Vamos. ¿Le bebes por la boca, ó por la cabeza?

—Por la boca, por la boca, respondió Paulina, convencida de que don Simon se hallaba en capacidad de ejecutar lo que decía. Y tomando el vaso de sus manos, llevole à los labios, que apenas se humedecieron en el licor, y lo demás lo vació en el suelo lejos de sí.

—¡Esa no vale, esa no vale!—gritaron tres ó cuatro voces, entre las que sobresalian las del militar y el andaluz.—La gracia es «hasta verte, Cristo mio,” como decía el otro.

Agarró entonces Alegrias otro vaso mas lleno que el primero, y con ánimo resuelto, espresado en sus labios temblorosos, y en la severidad de su vista, aguijado por las voces de sus amigos, fué derecho para la pobre de su mujer. Esta viéndole de aquella suerte, conociendo que de nada le valdria el amparo de las señoras, no tuvo otro arbitrio que huir à los cuartos laterales, en intencion de cerrar la puerta, y ver si se escapaba. Y no hay duda, sino que consiguiera ella una cosa y otra, à no habérselas con un hombre de la resolucion y la fuerza de su marido; dado que si bien ganó el quicio y juntó las hojas, à un empuellon de este abriéronse de par en par; y aunque de la violencia fué rodando una buena pieza por el cuarto, logró su fin, que era vaciarle la copa encima. Hombres y mujeres, que miraban con placer aquella chanza de Alegrias, acudieron con presura y susto à levantarle del suelo; mas antes de que llegasen, ya él estaba en pié, sacudiéndose con gran desenfado y diciendo: Siga la fiesta, señores, que esto no es nada. No ha sido mas que un tropezon del caballo, que ya está viejo. Vedme otra vez en el campo: el enemigo toma la fuga.

—¡Bravo! exclamó el militar à toda su voz. Se ha portado usted como un valiente: no esperaba yo menos de un veterano.

—Sin embargo, agregó Alegrias demudada la color del rostro, ustedes me permitirán que vaya en un momento á vestirme otra camisa; y enseñaba la pechera de la suya tinta de vino.

Opusieronse todos, diciéndole queera una cobardía y falta de entusiasmo militar el desbacerse de la armadura del combate, cuyas gloriosas muestras llevaba estampadas en el peto; pero él insistió en tono serio, y á falta de razones con que excusar su retirada, echó á andar, metiose en el cuarto de Pablo (sin duda por equivocacion), que estaba mas cerca, en el ángulo del colgadizo, y cerró por dentro. El militar, el andaluz, don Prudencio y sus compañeros, como tambien las señoras, la música y los bailarines, siguieron bailando, tocando, riendo y bebiendo, cual si nada de nuevo pasara en la casa.

Cerciorada Paulina de que don Simon no se había lastimado, por lo alegre y lo pronto que estuvo en levantarse, continuó para su aposento en un estado casi de delirio.—¡Qué es lo que me sucede, Dios de misericordia! exclamó dejándose caer en una silla delante del espejo, ¿Es posible que yo haya quedado en el mundo para sufrir estas vejaciones de mi marido? Estará ebrio? habrá perdido el juicio? Cuándo, ni dónde me trató con el desprecio que hoy? Qué será esto!... El empeño de esos hombres en que hebiera, las risas de mamá y sus amigas, el furor que le entró á Alegrias en cuanto me negué á una cosa que sabe lo que me disgusta.... la frialdad, la familiaridad con que me tratan los amigos de papá, mis primas.... todo, todo ¿no indica á leguas que yo estoy aqui de mas, que me han separado de su gremio y de su cariño? No valia mas morir? Si; morir para acabar con tantas penas.

—¿Porqué? respondió una voz que salia de su mismo cuarto.

Y al levantar ella la cabeza, vió dibujada en el espejo la airosa figura de un jóven, que sonriendo se le acercaba paso ante paso por detrás.

—¡Pablo! gritó volviéndose con presteza suma entre la alegría y el temor.

—Desgraciadamente no es Pablo, sino Jacobo, repuso el jóven aproximándose cada vez mas, aunque en actitud respetuosa.

Paulina entonces reconociéndole, se quedó estática, sin hablar ni hacer el menor movimiento, creyendo apenas aque-

llo mismo que veía con sus ojos. Después hubo un corto espacio de silencio, durante el cual ella se apoyó en el respaldo de su silla, examinó de una ojeada el pergenio en que la habían puesto, pasose la mano derecha por la frente, como si quisiera recordar las especies inconexas de un sueño horrible; y al cabo, por uno de aquellos movimientos de honestidad que solo son propios de la mujer honrada hasta durmiendo, cogió de la mesa del tocador una *manta* de seda, y cubriose con ella el seno y las feas manchas del vino.

—Paréceme, á lo que veo, señorita, dijo Jacobo tembloroso y pálido de la emoción, que mi presencia le coge muy de nuevo, cuando yo esperaba que por lo menos se la hubieran anunciado.

—Primero que yo satisfaga á su estrañeza, tendrá usted la bondad de satisfacer á la mía, contestó Paulina en tono severo. Deseo saber ante todas cosas, qué se le ofrece á usted en mi casa á estas horas.

—Nada mas que esto, replicó Jacobo sacando del pecho la *flecha de oro*, que se la presentó con una espresion bien manifiesta de orgulloso resentimiento.

—¡Ay! ¿Qué estaba en su poder? Cómo llegó á sus manos? Cuándo? dónde? Y yo que le hacia perdida!...

—La última vez que brilló en su cabeza, fué la noche del ocho de febrero en la «Sociedad Habanera» bailando usted un rigodon se le cayó, y la recogí del suelo sin que nadie lo advirtiese. Desde entonces la he conservado en mi pecho como un precioso talisman, que esperaba tuviese la virtud de reunirme algun dia á su dueño; pero ha pasado el tiempo inútilmente: yo parto mañana mismo para otros climas, y no he podido irme sin devolvérsela, porqué al fin... en nada me pertenece....

—Pues ahora cáigo que tiene usted que conservarla: dijo Paulina volviendo de nuevo á la especie de abatimiento moral que la trajo á su cuarto, y del que salió por un instante á la vista de su llorada *flecha*.

—¿Cómo una prenda de...? de...? repitió Jacobo lleno de júbilo sin concluir la frase.

—¡No, no! exclamó ella enderezándose otra vez, ¿á qué engañarle?

—Luego no debo conservarla.

—Suponga usted que no conoce á su dueño, y que se la encontró en la calle por casualidad.

—Mal puedo hacer esa suposición, cuando es usted misma quien me pide que le haga. ¡Ojalá!

—Llévesela usted, le ruego, por aquello que mas ame en este mundo: y no averigüe el porqué se lo exijo así, ni mucho menos en clase de qué la lleva.

—No puedo, repuso Jacobo, que le conoció el flaco, depositándola sobre el tocador. De la manera que usted dice, no me es posible llevarla, sin pasar á los ojos de mi propia conciencia por un ladrón.

—¡Oh! ¿Cómo se lo pidiera yo á usted? Esa *flecha*, causa inocente de muchas lágrimas y desgracias que hoy me afligen, ya no serviría mas que para hacerme mas desgraciada. Por ella descubriría mi marido, y mi familia toda, que usted estuvo aqui hablando conmigo....

—¿De dónde, señorita? Otro cualquiera no pudo habérsela hallado, y entregádosela aqui, ó en otra parte, donde primero la viese á usted?

—Es que todos ellos, sin que yo sepa el motivo, la hacen en poder de usted desde que la perdi.

—Presuncion gratuita, que la misma inocencia de usted bastará á desvanecer; pues ni entonces me vió nadie levantarla del suelo, segun le he dicho, ni después yo lo he declarado á alma viviente.

—Ahora no tengo tiempo de explicárselo á usted Jacobo, pero es la verdad lo que le digo. La que antes lució en mi casa bello, hoy me atravesaría el corazón. ¡Hágame usted el favor de guardarla... y retirarse! Mi marido ha de venir de un momento á otro: si le encuentra aqui ¡Dios mio! me pierde usted para siempre, y se pierde.

—No haya miedo, niña, que yo estoy en vela, dijo á la sazón la mulata; y asomó la cabeza por la puerta del patio.

—Ven acá, añadió el ama, creyendo ver en ella un refugio y un escudo contra las asechanzas del demonio, que sin duda en las formas seductoras del jóven Jacobo venia á probar su virtud.

Mas como tardase en obedecer Anacleto á su llamado, y el tiempo volara, creciendo con esto su temor y sobresalto,

tentó cuantos medios estuvieron á su alcance para reducir á Jacobo á que se llevara la milhadada *flecha*; y hasta en medio de su arrebató se la puso en las manos. Pero de nada valieron súplicas, lágrimas, amenazas: el jóven le aseguró que había jurado no admitirla sino en calidad de prenda de amor, y que él no era hombre que quebrantaba tan fácilmente sus juramentos, ni tan vano que consintiese engañar su propio corazón á costa de su conciencia. En aquel instante cesó el ruido de la música y de los bailadores; se escucharon pasos de hombres y mujeres que penetraban en los cuartos, ó salían á los colgadizos buscando aire y descanso del ajetreo del baile; y Paulina que ya veía casi segura su perdición, armándose de valor y entereza, díjole:—Deme usted acá la flecha: ya sé lo que debo hacer con ella: ahora, retirese usted, porque soy capaz de dar voces, y hacer que le saquen de aquí como un bandido que viene á robarme el honor en mi propio aposento.

—¡Me han engañado!—esclamó Jacobo en la mayor amargura, clavándole los ojos de un modo tal, que ella quedó desconcertada, y sin valor para repetirle la orden de que se fuera. ¡Me han engañado, cual se engaña á una pobre criatura que no sabe quiénes son los labios que mienten, quiénes los que dicen verdad! Anacleto, mis amigos, usted, mi propio corazón, que en mis sueños creí tan leal, todos, todos me han engañado cruelmente! ¿Pediré á usted perdon por el mal rato que le he hecho pasar? No. Dios sea quien nos perdone á entrambos.

Y sin decir mas palabra, salió por la puerta del jardín. Paulina no bien le hubo visto en el quicio cuando cayó de rodillas, cual una santa en oracion, diciendo:—¡Gracias, Virgen Santísima, que se fué! Mas al mismo tiempo oyose fuera un pistolotazo, y un ¡ay! lastimero, como de persona que recibe una herida en el corazón. Precipitose á la puerta, y vió venir hácia ella un hombre dando traspieses, hasta apoyarse en las hojas, que por estar sin sosten, cedieron al peso del cuerpo, y se derribó de espaldas á sus piés muerto! Era Jacobo Enamorado.

CONCLUSION.

Escusamos añadir que este desgraciado é imprevisto suceso puso término à la fiesta y à la alegría de todos. Sin embargo, como acaso à alguno de nuestros lectores le ocurrirá preguntar si en efecto Jacobo se mató à si mismo ò le mataron, diremos que nada se ha podido averiguar de cierto en el asunto. Solo se sabe que don Simon Alegrias, después de aquel desagradable lance con su esposa, que queda referido mas atrás, no se encerrò en el cuarto de Pablo por equivocacion, ni à mudarse camisa, como él dijo y algunos lo creyeron, sino à leer una carta que recogió del suelo en el instante de su caída, la cual era la misma que Anacleta le dió à Paulina de parte de Jacobo. De su lectura es probable que embistiéndole rabiosos celos, concibiese el criminal proyecto de acecharle y matarle.—La verdad del cuento es, que cuando la gente que habia en la quinta acudió en tropel al sitio de la catástrofe, aunque hallaron à Paulina desmayada sobre el cadáver, lo que hizo presumir que el jóven se hubiese suicidado de la desesperacion de no haber conseguido el intento que alli le trajo, vieron à don Simon que salia de entre las matas del jardin, pálido, sin habla, y tan desfigurado como el mismo muerto.

Aquella propia noche hizo Cifuentes venir un cirujano y el juez con testigos de asistencia. Examinaron el cadáver, tomàronse largas y prolijas declaraciones, no escusando ni à Paulina, quien en un momento de verdadero delirio, relatò punto por punto su conversacion con Jacobo. De manera que esto fuè suficiente, para que satisfechos juez, partes y testigos, se cerrase el proceso, se diese por concluso, con las costas de oficio, y por probado que no habia sido asesinato, sino suicidio.—Paulina, à pesar de todo, cobró tal horror à su marido, que solamente de oir su nombre, le entra un frenesí y un temblor tan fuerte, que no puede tenerse en pié; y va para dos años que no han alcanzado que se reuna à él las persuaciones de sus amigos y parientes, ni las lágrimas de sus padres y hermanos. Esta triste situacion de tan desgraciada criatura, que la imposibilita no solo de pensar, sino de leer,

junto con la reciente ausencia de don Simon Alegrias de la isla, nos deciden à publicar la historia de la *joven de la flecha de oro*, tal como nos la refirió una persona respetable habrá cosa de un año.

CONCLUSION

de la Cartera Cubana.

Felizmente hemos dado fin à esta obra à pesar de los inmensos obstáculos que desde el principio de su publicacion nos cercaban por todas partes. El término de tres años en que nos propusimos darla à luz, espira con este último cuaderno del tomo quinto; pues aunque es verdad que repartiéndose à cuaderno por mes, se podian formar seis volúmenes, no hemos hallado imprenta que satisficiera nuestras miras, y así se han perdido seis meses en mudanzas y arreglos. Los que entienden algo de impresiones en la isla, se convencerán de que no ha podido hacerse mas; y si deben admirarse de algo, es sin duda de ver que nuestra obra quede totalmente concluida.

Damos rendidas gracias à nuestros suscriptores que tan generosamente nos han favorecido hasta hoy; y no ponemos la lista general como lo teniamos ofrecido, porque son pocos los borrados y no queremos que se hagan odiosas distinciones. Los nuevos han sido los señores:

D. Alfonso de Cárdenas.	Br. D. Juan Bautista Pujol.
Br. D. Ambrosio G. del Valle.	Br. D. Juan Maria Diaz.
Br. D. Angel Calejo.	Ldo. D. Justino Velepés.
Br. D. Enrique P. Calzadilla.	Br. D. Luis José Marquez.
R. P. Pr. Francisco Pacheco.	D. Miguel Antonio Herrera.
Ldo. D. Francisco P. Puentes.	Oidor D. Prud. Hechavarria.
Br. D. Francisco de la Vega.	Ldo. D. Rafael Matamoros.
L. Fr. Francisco Pacheco.	Br. D. Rafael Ruiz.
Br. D. Francisco B. Labarria.	D. Ramon Barrios.
Br. D. Francisco Cervantes.	D. Rufino Izquierdo.
Ldo. D. Gaspar Palacios.	D. Sabino Prezas.
Dr. D. J. de la L. Hernandez.	Br. D. Tomás Villanueva.

FIN DEL QUINTO Y ULTIMO TOMO.



INDICE

de las materias que contiene este volumen.

	PAGINAS.
Introduccion	5
SECCION PRIMERA.—CIENCIAS.	PAGINAS.
Medicina.—Constitucion médica de mayo de 1840 . . .	9
Idem de Junio	73
Idem de Julio	137
Idem de Agosto.	201
Idem de Setiembre.	263
Advertencia	329
Continuacion del extracto de las lecciones ora- les de Mr. Magendie sobre la sangre . . .	77
Idem	137
Conclusion	269
Fisiologia.—Extracto de los fenómenos vitales por id.	205
Conclusion	329
Quimica.—Análisis de la fuente de Madruga llamada vulgarmente la Paila	276
Conclusion	334
Legislacion.—Sucesion hereditaria	13
Los Numeros	147
SECCION SEGUNDA.—LITERATURA.	
Critica de Marta la piadosa, el Tartuffe y la Mojigata.	21
Rasgos de valor y serenidad del alma	26
Las dos viudas	81
El ajedrez comparado con el Whist	89
Anécdotas del ajedrez.	93
Magisterio	149
Charlatanismo	153
Una representacion de Otelo en los Estados Unidos.	155
Versos de lord Byron.	217
Signor Formica.	219
Noticias de otro mundo	285
Religion	359
El Drama.	342
El Abanico	344
SECCION TERCERA.—COSTUMBRES.	
Mariano ó la educacion—Continuacion	27
Idem.	96
Conclusion	167
Napoleon.	95
El Ajedrez	171

	PAGINAS.
Memorias de un calesero.	229
Conclusion	289
Vanitas vanitatum et semper vanitas	345

SECCION CUARTA.—POESIA.

Soneto à Mirtila.	35
El Alba	36
Mi visita al cementerio	38
El Poeta	103
La Catedral de San Pablo.	104
La virtud.	173
A Celia	174
La Timidez	177
A una rubia	257
El hijo de maldicion	258
Amor	295
A Belisa en la retreta	297
La despedida del trovador.	298
A Sefina	349
La Ilusion	350
La Ausencia.	355
A Luisa en el baile.	354

SECCION QUINTA.—VARIEDADES.

La joven de la flecha de oro—Continuacion del Libro 1.º	41
Idem	109
Libro Segundo—Despertó	181
Continuacion.	241
Idem	301
Conclusion	357
La moral del Ajedrez	69
Geologia	132
Conclusion	197
Filidor	326
Conclusion de la Cartera Cubana	398

FE DE ERRATAS.

- 1.º Página 40 última cuarteta 2.º renglon DICE: Cabe la musa vertida.
LEASE: Cabe la losa vertidas.
 - 2.º Página 116 línea 16 DICE: aullara: LEASE: anhelara
 - 3.º Página id. línea 22 DICE: de su casa LEASE: de su cara.
 - 4.º Página 134 línea 6 DICE: Gergorio LEASE Gárgaris.
 - 5.º Página 108 línea 115 DICE: Y á Santa Cruz de Tenerife LEASE: Y
á Santa Cruz Tenerife.
- Página 223 penúltima línea DICE: no todo permaneciera, LEASE: todo
no permaneciera.
- Página 227 primer renglon del penúltimo párrafo, DICE: sonriéndose á
carcajadas, LEASE: riéndose á carcajadas.

